REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES, OCTUBRE 28 DE 1933 — No 12

Perdido entre los Hielos de Groenlandia



DOS meses después de la partida, en mayo de 1932, de la Expedición "Universal, doctor Franck" para Groenlandia, anunciaron improvisamente los diarios que el doctor Ernesto Sorge, uno de los dirigentes científicos de la expedición el que ya anteriormente acompañara al doctor Alfredo Wegener en sus viajes, había desaparecido. Sólo ocho días más tarde el aviador Ernesto Udet, que también pertenecía a la expedición, halló al doctor Sorge sobre un lejano peñasco en el ventisquero de Rink.

★

Con Groenlandia pasa así: Quien se deja una vez entusiasmar por los fiords majestuosos, los ventisqueros e icebergs y por el amistoso trato de los esquimales, se siente por toda la vida profundamente atraído hacia aquel país encantador. Aunque se sepa que cada viaje en las tierras de los esquimales va acompañado de una infinidad de peligros, se desea siempre volver.

Después de mis viajes con Alfredo Wegener, yo me fuí a Groenlandia por tercera vez con una expedición organizada para tomar la película del "S. O. Iceberg" (Universal Film) A. G.).

★

En verano de 1932 salimos de Hamburgo con el barco "Borodino", alistado especialmente para tal fin. Muchos hombres conocidos viajaban en el barco: el director de la Expedición y registrador doctor Arnoldo Kranck, Leni Riefenstadt, el famoso aviador Ernesto Udet, Sepp Rist, el simpático maestro de piano doctor Holsboer y muchos otros. El protectorado sobre la Expedición lo había asumido el ilustre explorador polar doctor Knud Rasmussen, al que se puede denominar rey no coronado de Groenlandia. Un viejo camarada de Wegener, el doctor Federico Loewe y yo teníamos la dirección científica.

Para mí era de gran alegría la circunstancia de que me acompañara también mi esposa, por cuanto ahora podía mostrarle el país, en el cual junto a Alfredo Wegener había hecho mis investigaciones: el país en el que desgraciadamente Wegener encontrara la muerte en un viaje en trineos, en el interior del continente helado.

En esta expedición yo tenía dos tareas: en primer lugar ayudar al doctor Franck con mis conocimientos del país, es decir, enseñarle las más interesantes poblaciones groenlandesas, dónde se podía establecer mejor las tiendas y dónde encontrar hermosas montañas de hielo y ventisqueros para su filmación. Además yo quería aprovechar la ocasión para hacer medidas científicas.

★

En ambas expediciones de Alfredo Wegener habíamos vivido largo tiempo sobre el hielo, que cubre todo el interior de Groenlandia. En el interior de esa isla, puramente danesa, no hay más que nieve y hielo y nada más. Del hielo interior fluyen hacia el mar ventisqueros gigantescos y éstos justamente yo quería examinar. Tenía esencialmente que medir su tamaño y cuán rápidamente fluyen. Esto es más fácil de decir que de hacer. En Groenlandia hay que contar a cada paso con algo nuevo, inesperado, imprevisto. Se puede vivir allá aventuras tales que ningún romance puede edscribir ni aproximadamente: aventuras que es imposible imaginar, ni soñar.

La aventura más interesante y peligrosa la pasé en mi última expedición con el doctor Franck, cuando fuí testigo de una catástrofe natural que acaso ningún hombre jamás ha afrontado o visto. Esa aventura me ha costado casi la vida, habiendo sido separado por la misma de la Expedición y desapareciendo por ocho días de la vista de mis compañeros. Debo sólo a Ernesto Udet, nuestro valiente camarada, que gozaba de gran cariño no solamente de parte de la expedición, sino también de parte de los Esquimales el que hoy aún me encuentro con vida.

★

Nuestra Film-Expedición había establecido sus tiendas en una pequeña aldea groenlandesa, en una isla del fiord Kangerduck, de 60 kilómetros de extensión y en cuya extremidad, en el punto más cercano al hielo interior, desemboca el enorme ventisquero Rink, que debe su nombre al conocido geógrafo dinamarqués, Rink. Yo tenía la intención de navegar con mi pequeño bote lo más cerca posible del ventisquero para emprender mis investigaciones. Eso lo había intentado ya tres veces en junio y julio, pero inútilmente, porque el fiord estaba todavía, desde el invierno, llano de giganteseos témpanos de hielo. Esa situación dura ordinariamente hasta que el hielo invernal se funde por los calores de la primavera y del verano. Cada vez tuve que regresar, por cuanto el hielo, fuertemente apretado, me cerraba el camino. El 24 de julio logré, en mi cuarta tentativa, llegar a la proximidad del ventisquero Rink, pero la hazaña me resultó casi fatal.

★

Un viaje por un fiord groenlandés es de una belleza indescriptible. Paredes de peña, que se elevan a una altura de 1000 hasta 2000 metros y descienden ásperamente al mar, cierran ambos lados del fiord. Un desembarco es sólo raramente posible, porque de las paredes fluyen estrechos ventisqueros, cuyo origen proviene de las altas montañas, cubiertas de hielo, de la costa de Groenlandia. Pude contar desde este punto, alrededor de mí, hasta cuarenta de esos ventisqueros colgantes. El agua de los ventisqueros se precipita en saltos enormes en el fiord y su ruido y fragor se oyen a muchos kilómetros de distancia. En el fiord mismo flotan millares de icebergs resplandecientes y chispeantes, así que el bote sólo puede disponer de un espacio muy reducido para internarse en la bahía. Navegando así o, mejor dicho, resbalando entre las abruptas paredes y los colgantes ventisqueros con sus saltos espumajeantes y estrepitosos, y en torno a innumerables icebergs chispeantes en millares de colores, se cree estar y soñar en un país encantado y legendario. La magnificencia de los colores de los icebergs, que rompen la luz, es de una hermosura indescriptible.

Ernesto Sorge

Completamente solo me interné en el fiord, con la firme intención de llegar a cualquier costo hasta el ventisquero, superando todos los obstáculos y aunque el hielo fuera todavía grueso. En el ángulo interior del fiord la situación se volvió realmente mala, hasta terriblemente angustiosa. Toda el agua estaba cubierta por una capa de pequeños y grandes trozos de hielo, así que bien pronto no pude ver ni el rastro del agua. ¿Qué debía hacer? Mi pequeño bote estaba enteramente encerrado. Al fin, me arrodillé en la proa e intenté alejar los trozos de hielo con el gancho del bote: un trabajo extraordinariamente pesado, por cuanto muchos pedazos de hielo tenían el volumen de un cuarto entero y se dejaban mover sólo muy fatigosamente. Después de una larga hora yo había recorrido solamente cerca de cien metros. Al fin me encontré sólo a dos kilómetros del ventisquero Rink y aquí descubrí a la orilla algunos puestos llanos que me ofrecían un lugar de desembarco muy agradable. Después de una travesía de muchas horas y muy pesada por el fiord, me encontraba casi exhausto. Para mi regocijo, podía comprobar que del lugar de desembarco el ventisquero se me presentaba ya en toda su grandiosidad. Se rompía en el mar, con una pared de maravilloso esplendor, a plomo desde una altura de cien metros y con una longitud de cinco kilómetros; con sus numerosas y agudas torres de hielo que coronaban la margen superior de la pared, ofrecía un aspecto indeciblemente majestuoso.

★

Yo llevé víveres, petróleo, el saco para dormir e instrumentos a una altura de cerca de quince metros sobre el peñasco. Para no cargar demasiado el bote, no había tomado conmigo carpa alguna, especialmente porque el verano no es frío en la costa de Groenlandia, así que se puede dormir al descubierto. Mi cansancio a raíz de la pesada travesía del fiord se hacía sentir cada vez más; por eso arrastré el bote, no a la misma altura, como las otras cosas, sino que lo dejé cerca de cuatro metros sobre el nivel del agua. Esto debía ser más tarde mi desgracia.

No obstante mi cansancio, emprendí en seguida la medición del ventisquero, tarea que requería dos días. Trepé con mis instrumentos de medición por las abruptas paredes del peñasco hasta una altura de 180 metros, encontrando al fin un lugar apropiado de donde podía observar el ventisquero. Recién llegado, ví una escena tal como nunca había visto en mi vida y de aquellas que raramente un hombre tiene la ocasión de admirar.

★

El frente del ventisquero, que caía a plomo en el fiord, empezó a levantarse lentamente. El muro de hielo iba emergiendo más alto y más alto del agua, mientras lejos, detrás, sobre la superficie franjada del ventisquero eran arrojadas al aire, hasta una altura de 300 metros, nubes de niebla y rayos de agua. No comprendí en seguida la relación; mas, de improviso observé que un enorme trozo de hielo se había separado, por un rompimiento vertical, del ventisquero e iba inclinándose hacia atrás. Por el choque del pedazo de hielo con el ventisquero, el agua del fiord era fuertemente comprimida y arrojada, como en una gigantesca explosión, hasta una altura de casi 300 metros. Los pináculos o torres del frente del ventisquero se levantaban cerca de 180 metros sobre el espejo del agua, alcanzando así una altura mayor que la del domo de Colonia. A medida que el gigantesco pedazo de hielo, desprendido del ventisquero, iba precipitándose cada vez más adelante, saltaban hacia atrás, de un golpe, miles de resplandecientes y agudos trozos de hielo para desaparecer, resbalando sobre la superficie oblicua, en la profundidad del fiord. Los trozos de hielo, desprendiéndose uno tras otro, daban la impresión de un fragoroso salto de agua y sacudían tan violentamente todo el alrededor, que el peñasco temblaba bajo mis pies. Yo me quedaba mudo y profundamente conmovido ante tales fuerzas naturales.

El pedazo de hielo desprendido iba trasponiéndose cada vez más hacia atrás, hasta que emergió del agua toda la parte sumergida del ventisquero, y precisamente en una extensión de 600-700 metros del frente del mismo. Tan profundamente, pues, el ventisquero flotaba en el agua. A raíz del movimiento de esas enormes masas de hielo se formaban en el fiord los torbellinos y vórtices más espantosos; toda la gigantesca masa de hielo se rompía en muchos pedazos entre truenos y fragores y más de 20 icebergs iban avanzando del frente del ventisquero en el fiord. Ante esas montañas de hielo, olas gigantescas corrían con gran velocidad por el fiord y a lo largo de las peñas de las orillas.

Yo estaba hundido como en un sueño y pensaba dentro de mí: "Así, pues, surgen los icebergs y... ¡eso es lo que se llama un vómito del ventisquero!" — Mas, cuando vi las gigantescas olas, sentí improvisadamente un estremecimiento mortal... ¡¡Mi bote!!

Angustiado por oscuros presentimientos, me puse a correr y descendí por el peñasco hasta el mar. Empero, cuando llegué al punto de la playa en donde yo había dejado el bote, no había ni rastro del mismo. En su lugar, gruesas masas de hielo estaban apretadas contra la orilla. Indudablemente ellas habían aplastado y despedazado el bote. Las peñas de la orilla estaban bañadas hasta una línea horizontal a la altura de siete metros sobre el espejo normal del agua, así que las olas producidas por el "vómito del ventisquero" habían alcanzado, entre el vértice y el seno, una altitud de 12-14 metros. Esta es una elevación mayor que la medida en el más alto oleaje del océano. La comprobación era muy interesante, pero momentáneamente no me servía para nada, por cuanto ahora yo estaba separado del mundo.

★

Era imposible llegar a una población cualquiera, porque en la larga ruta de 90 kilómetros hasta la próxima aglomeración humana, había que atravesar montañas y ventisqueros extremadamente difíciles y porque, además, esas colonias estaban establecidas sobre islas. Medité largamente sobre mis posibilidades de salvación. Cuando dejé el cuartel de la expedición, había entregado a mi esposa un dibujo del fiord, apuntando en el mismo las plazas para las carpas. Había, además, rogado a mi esposa que si, en el peor de los casos, yo no regresaba dentro de siete días, ella tenía que proveer para mi búsqueda.

Podía, pues, contar sólo después de siete días con que alguien acaso llegase a la zona en que me encontraba. Y las provisiones que había traído conmigo, bastaban solamente para tres o cuatro días. Repartí el consumo de mis víveres para una demora de diez días y anduve por la región en busca de materias nutritivas. De improviso advertí cuán importante podía volverse la botánica. Probé todas las plantas que crecían en muchos puntos en las paredes de las peñas: hojas de abedul, raíces de radicheta campestre, chauchas selváticas, musgo, líquenes, etc. Cerca de un riachuelo, entre piedras, hallé acedera y, en su proximidad, una especie de mirtillo (uva selvática). ¡Qué alegría! Pero yo no quería vivir puramente como un vegetariano e intenté la pesca con el anzuelo en el fiord. Y sobrevino una gran sorpresa: ningún pez dejábase ver, mientras que allá afuera, en la costa exterior del mar, pululaba el pescado. Acaso el agua en la proximidad del ventisquero está demasiado removida por los icebergs flotantes o llega al mar desde aquel, agua dulce en demasiada cantidad. El hecho es que no había peces, por lo que tuve que contentarme con las acederas y uvas.

Ernesto Udet

En esos días yo dedicaba mucho tiempo a las mediciones del ventisquero. Todos los días observaba las variaciones del mismo y medía los movimientos de las torres. Para mi satisfacción, el frente del ventisquero, de 112 de alto, era el más elevado de los medidos hasta ahora en todo el mundo. Y entonces tuve la grata sensación de que eso bien valía la destrucción del bote. Los lectores encontrarán acaso algo cómico en eso, pero la cosa era realmente así: cada medición científica disminuía mi hambre. El ventisquero me hacía olvidar la comida. Algunas mediciones las pude calcular en seguida. El ventisquero avanzaba cada día 17 ó 18 metros. La máxima velocidad llegaba hasta 27 metros en 24 horas. Encontré así que el ventisquero Rink pertenece a los más veloces del mundo, moviéndose casi cien metros más aceleradamente que los de los Alpes.

★

Después de la pérdida de mi bote, pude medir en el frente del ventisquero cuál era la dimensión del pedazo de hielo que habíase desprendido. Tenía 1500 metros de largo, 500-600 de ancho y 700-800 de alto. Siendo más profundo que ancho, estaba inclinado hacia atrás. La cantidad de hielo desprendida era más grande que el volumen de todas las casas de Berlín. O, para hacer otra comparación, se había desprendido tanto hielo cuanto importa la cantidad de lava y cenizas arrojadas por una erupción del Vesubio.

★

Así transcurrieron cinco, seis días en el ventisquero. Para ahorrar fuerzas, yo yacía el mayor tiempo posible en el saco y me levantaba sólo para las mediciones. Mi tensión se hacía cada vez mayor, por cuanto dentro de poco debía comprobarse si yo podía o no ser hallado. Desde hace días reflexionaba continuamente cómo podría dar una señal visible a la mayor distancia posible. Al fin llegué a la justa solución. Había musgo en gran cantidad y algo de petróleo tenía, por lo cual podía dar señales de fuego y humo. Recogí grandes montones de musgo, seco y húmedo, y probé todas las especies de brezo, las que ardían con facilidad o humeaban intensamente. Era para mí evidente que se habría podido tratar de un solo segundo, cuando Udet habría volado con el avión sobre mí. Transcurrido este instante, yo podía abandonar toda esperanza. Y por eso experimenté la señal de alarma para el aviador, diez veces. Y me gritaba para mí mismo: "¡Udet llega! Acto seguido saltaba fuera de mi saco, echaba petróleo sobre el montón de musgo y le prendía fuego. Así envolvía yo en humo la región, como si se hubiera tratado de un fuego de papas. Desde este momento no me alejé nunca de mi puesto sin guardarme en el bolsillo una botella de petróleo y fósforos.

★

A menudo temía que Udet hubiera podido llegar cuando yo dormía. Y en este caso estaba agradecido al destino, por cuanto había afortunadamente en el lugar muchísimos mosquitos, los que me despertaban cada dos minutos. Zumbaban de tal modo en mi oído, que yo pensé mil veces: !Udet llega! Así permanecía siempre despierto.

Por fin, el 30 de julio de 1932, oí realmente un ruido de motor e inmediatamente mi fuego empezó a crepitar hacia el cielo. Sólo un minuto más tarde vi al avión volando bajo de mí, sobre el mar. La tensión subió en mí al punto de estallar. ¡Que se me vea solamente! El avión describió una curva algo lejos de la playa y cuando llegó nuevamente cerca de mí, subió más alto y más alto. Yo trabajaba como un desesperado, arrojaba en el fuego, uno tras otro, puñados de musgo seco y húmedo, echaba nuevo petróleo, saltaba por acá y allá y agitaba en el aire un pañuelo blanco. Me hallaba en idéntica situación como el náufrago en la isla de Salas y Gómez. ¡Ahora o nunca! Y de improviso oí salir de dos gargantas el grito de ¡hurra! Bailaba de alegría como un obseso. Y, como primer pensamiento, se me hizo presente en el sentido algo profundamente serio: Si hubiéramos tenido en la expedición de Wegener un avión y tales aviadores, Alfredo Wegener estaría aún en vida.

★

El avión voló sólo diez minutos por encima de mí y dejó caer una carta en la que estaba escrito: "¡Querido y buen señor Sorge! Volveremos dentro de dos horas y os traeremos víveres. Enviaremos una lancha a motor para libraros. — Udet. Schneeberger". Y luego se alejaron nuevamente entre el agudo zumbar del motor.

No se puede imaginar mi sensación de alivio. Me había sido quitado del corazón un peso enorme. El tiempo apremiaba y yo hice rápidamente una última medición de todos los pináculos del ventisquero, para luego empaquetar mis cosas.

★

El avión llegó en punto, con provisiones. Comí cuanto pude. Y después descendí hasta el mar, adonde luego de algunas horas llegó la lancha con mis camaradas y mi esposa para tomarme. Udet había arrojado de la lancha un papel, en el que estaba dibujado el lugar de la tienda. Todo marchó bien. Afortunadamente había ese día menos hielo en el fiord, así que el relevo se efectuó sin tropiezo alguno. Mis camaradas me pegaron amigablemente un montón de palizas... figuradas, por haberles procurado tantas preocupaciones. Ah, ¡cuán agradecido les estaba! Todo estaba bien. Mi esposa ya no necesitaba sentirse angustiada y acongojada. Durante el viaje de regreso no acababa nunca de contar los detalles de mi desaparición y vida en la soledad del fiord.

Así terminó mi aventura en el más alto ventisquero del mundo.

Ilustración de ARISTIDES RECHAIN

por ERNESTO SORGE

Hospedaje por Cuenta del Estado

EL ruido de los cerrojos corriéndose, desplaza al compacto silencio nocturno. Y este odioso rechinar repercute en mi celda con extraña sonoridad.

Salto de la dura tarima y me planto en el suelo, espectante. El frío ciñe mi cuerpo semivestido con su contacto indeseable. La inquietud y la esperanza surgen a borbollones. Trato de dominarlas. Más sólo consigo paralizar a medias esas sensaciones que, en el acto, se anudan en mi garganta. Estoy aterido y tiemblo de nerviosidad. ¿Qué ocurrirá ahora...? ¿Nuevas indagaciones...?

Con rapidez fulgurante ,en forma casi física, rememoro los puñetazos cayendo en mi rostro y en mi estómago con siniestro sincronismo. Y recojo la voz del atormentador que desglosa siempre la misma pregunta incontestable:

—¡Decí! ¿Quiénes son tus compañeros...? ¿Dónde se esconden...? ¡Hablá!

En seguida los golpes atraviesan el silencio, prosiguiendo su rápido ritmo.

¿Qué ocurrirá ahora...? ¿El encarcelamiento definitivo...?

Desde el pasillo se filtra una sucia luz, donde, las sombras atenúan y consumen. El viejo carcelero, erguida en el umbral su corpulenta figura, me contempla tan indiferente, tan hierático como siempre. Tras suyo alcanzo a divisar, borroso ,el rostro cobrizo y tosco de un policía — ¿es un agente...?, no logro discernirlo bien — que aguarda la entrega de su presa.

Mi mirada salta, como un pájaro inquieto, del uno al otro. El corazón me late precipitadamente. ¿Será la libertad...? Ningún rumor, ahora, me anuncia lo insólito. La tensión es tan grande que me parece que algo, no sé qué, va a quebarse de súbito, con fuerte chasquido de cuerdas rotas.

—Fulano de Tal. ¿Es usted...? — profiere lentamente el viejo, simulando leer en un papel lo que ya conoce de sobra por haberlo pronunciado múltiples veces.

No tengo deseos de hablar. Muevo la cabeza ,afirmando.

—Entonces, venga. Con todo.

¿Con todo...? ¿La libertad...?

Una alegría desorbitada se alza dentro de mí. No sé qué decir. Turbiones de palabras cordiales, de expresiones encendidas, mueren en mí apenas hacen eclosión mentalmente. ¿Dónde están los camaradas en cuyos oídos podría arrojar todo eso...? Porque el carcelero servil y taciturno y el mercenario mudo y expectativo, que ahora me cercenan el avanzar hacia la salida, son mis enemigos. Los enemigos para los cuales no caben una sonrisa, ni una sola mirada descargada de animadversión o menosprecio.

Mis manos, entumecidas y temblequeantes, apenas aciertan a hacer un bulto con las frazadas que saco de la tarima. Una claridad tibia, desconocida, parece rellenar ahora la helada celda. Una sonrisa, la primera en mucho tiempo, amanece en mis labios. Libre, libre por fin. ¡Qué hartazgo de visiones reconfortantes, por anticipado!

Concluyo de liar el bulto. No sé dóne voy a ir, pero no importa. Con una fuerza nueva, que desconocía poseer, lo coloco sobre mi hombro derecho. Sonrío levemente, otra vez, al reconstruir en mi imaginación el aspecto desastroso con que saldré a la calle después de meses de encierro. El recuerdo de las lentas e inagotables jornadas perdidas en la penumbra de la celda, ese recuerdo obsesionante y depresor, desaparece de súbito. Un horizonte de rientes esperanzas se desline, deslumbrador, ante mí.

Ardiendo de alegría interior ,avanzo. Estoy listo para la libertad. Para la libertad.

—Va a ser trasladado a la cárcel.

Atropéllanse segundos inundados de cruelísima perplejidad. Todo va desmoronándose en torno mío y sobre mí. ¡Qué desolada, qué tenebrosa está la celda! ¿A la cárcel? ¡Será posible...? Las cosas se han trocado hostiles, de improviso. Perspectivas alucinantes me desarman. El vigor inusitado que gustara, se descompone rápidamente. Una angustia indefinible consigue anularme por instantes. Siento que todo mi contento se derrumba como un andamiaje mal construído.

¿Es real lo que acaba de retumbar en mis oídos, como un eco centuplicado de la ronca voz del carcelero...?

—Vamos; venga.

Atravesamos corredores silenciosos e inexpresivos, hasta descubrir un amplio patio iluminado. En uno de sus rincones aguarda, roncando repulsivamente, un automóvil para conducir presos. Irregular fila de hombres, agobiadas como yo por sus paquetes, se extiende confusa frente al coche. Obedeciendo a un mudo mandato del agente, formo en ella.

—Suban...

Uno tras otro superamos los escalones que conducen al estrecho corredor del vehículo. En sus costados se abren, tétricos, varios miserables y restringidos compartimentos. En uno de ellos me introduzco, forcejeando para que mi paquete quepa tambien en el mezquino espacio.

Cierran la puerta sin miramientos. Quedo sumido en unas tinieblas densas, sofocantes. Oigo una vez mas, y no la última, el correrse de un cerrojo. El coche se pone en marcha con rapidez. Dando tumbos contra las cercanas e invisibles paredes, trato de pensar. No lo logro en todo el trayecto .

☆

Cuadro segundo.

Un espacio amplio, inhospitalario, encajonado dentro de cuatro paredes enemigas. En la parte superior, numerosos ventanales se abren, en vano, hacia lo inaccesible. El piso, de portland siempre frío, rezuma inagotable humedad por sus múltiples poros. En un extremo, a un costado, abre sus fauces el comedor, con sus largas mesas grasientas pulidas por los codos de millares de presos sociales. En el otro costado, los excusados exhalan sus agrios hedores, que flotan sobre el cuadro, pesadamente. En medio de ambos, una ancha puerta de barrotes, con giganteseos cerrojos, cierra el paso a la libertad. Encima de este portalón un corredor se estira, recto, hacia una desembocadura invisible. Allí monta una bostezante guardia un mustio carcelero armado con máuser. Ha sido estratégicamente impuesto, que los habitantes del cuadro se hallan, sin escapatoria, bajo el fuego graneado de sus posibles balazos. De ahí arrojan, también, los gases lacrimógenos que esconden en sus hipócritas volutas los ardores más refinados y las asfixias más perfectas.

Cumplidos los rituales carcelarios de práctica, me conducen al cuadro segundo.

Cuando transpongo la gran puerta de barrotes, el espectáculo que se aferra a mis ojos es inquietante y absurdo.

Una multitud inmensa — así me lo afirma la primera impresión — esparcida sobre el suelo, duerme arrebujada en mantas, lonas, sobretodos raídos y cuanto trozo de tela envoltible es dable imaginar poniendo en juego mucha fantasía.

Apretujados uno contra otro, los cuerpos remedan esos cadáveres insepultos que se alinean en los campos de batalla ,después de las masacres, como habremos podido contemplarlos cientos de veces en las fotografías de los periódicos.

Una luz difusa, turbia, derrámase pesadamente sobre la muchedumbre que reposa, creándole contornos fantásticos y otorgando a los individuos dimensiones caprichosas e incomprensibles.

Mi entrada al cuadro eriza la atención de sus ocupantes.

Los bultos tendidos sobre la humedad del cemento comienzan a despegarse, agítanse y ondulan como si un dilatado estremecimiento conmoviera a esos supuestos sin-vida.

Dóblanse bustos semidesnudos, en los que el cortante frío de esa noche de invierno entósecase sin dilación. Muchos rostros demacrados, exangües, algunos teñidos con espesas barbas incultas, que destacan brillantes las miradas, febriles, se vuelven hacia mí. Una pausa nos inmoviliza a todos, por varios segundos.

Apreso en el aire la oscilación del péndulo de su desconfianza.

¿Seré uno de los suyos...? ¿Seré un provocador policial...? ¿Quién soy...?

Arrojándoles un saludo fuerte y cordial, de camarada a camaradas, deshago el silencio en que nos hemos abismado .

—¡Buenas noches, compañeros! Soy Fulano de Tal.

Fáciles o guturales, acriolladas o extranjerizantes, las voces que me contestan se amalgaman en un murmullo limpio de bienvenida, que teje en mi espíritu agradable sensación de alivio.

Rota así la filosa tensión primera, me acerco más a ellos dispuesto a incorporarme a la apretada unidad que constituyen. Unidad que ha ido cerrándose con el concurso de largos meses de encierro, matizados por privaciones y sufrimientos que se soportan con fervor y sin humillaciones.

Cubiertos con singulares atavíos, los durmientes se levantan y me rodean, uno por uno, dando vida a una extraña escena que, vista desde afuera, ha de tener no poco de risible y alucinante a la vez.

En inusitada gimnasia, los apretones de mano van y vienen profusamente, desalojados por uno que otro abrazo al camarada más conocido, que identifico a duras penas bajo su nuevo aspecto.

El sincero compañerismo imperante se pone en acción. Bien pronto un hueco estrecho, muchos papeles y un trozo de arpillera cubierto de notables remiendos, forman mi cama para esa y muchas más. Allí me acomodo prestamente, sin dudas de ninguna especie.

Todos vuelven a reposar, después de pequeñas conversaciones



que mueren por inanición. Un silencio muy denso se alarga por el cuadro. La nerviosidad de lo nuevo me impide atrapar el sueño .

Se iluminan en mi recuerdo los instantes dejados en la helada celda en que estuviera incomunicado antes de venir al cuadro. Y me siento arrastrado vertiginosamente a una distancia enorme, en el tiempo, de esas horas recientes en que la impotencia de mi soledad me curvaba, vencido, sobre la tarima. Estoy deslizándome a otros sectores de la conciencia; deambulo ya en un diferente círculo de sensaciones y pensamientos. Mi individualidad se funde con ese algo colectivo y tenso que, informando el ambiente del cuadro, se cierne sobre la multitud amiga y solícita que me circunda.

Como una escena que huye, cada vez más borrosa, de un primer plano de ese marco animado de falsos seres vivientes, que es la pantalla del cine, de este mismo modo escapa de mi mente la imagen del abandonado individuo que, horas — años — atrás, sumergíase, indómito, en las asperezas de sus preocupaciones personales y se abandonaba a una cruda desesperanza por su particular porvenir.

Este hombre ya no interesa. Sus inquietudes ,rememoradas en aquel cuadro tan extenso, ahito de seres, por el que la mirada vaga sin limitaciones, resurgen extrañas y distanciadas, como algo ageno e inaprehensible. Sus temores molestan ahora, cual los lloriqueos de un chiquilín abandonado en la noche.

☆

Arrinconados en el cuadro yacemos algo más de doscientos individuos.

¿Quiénes fuimos...? ¿Qué hemos hecho antes...?

Una nube espesa de olvido ensombrece esos recuerdos de un ayer enormemente distanciado. No tienen razón de existir esas remembranzas, en aquel rectángulo interminable, cuajado de seres iguales que nos chocamos a cada paso.

Y una sola explicación, apostada en un recodo del cerebro de cada uno y de todos, mantiene intacta y ágil su presencia: hemos perdido esta última jugada y aceptamos sin angustias la derrota, que desde ya conectamos con el formidable desquite futuro, inevitable y rotundo.

Mientras nuestra existencia huye cada día por la misma ruta, perseguida por el invariable reglamento que ajusta nuestras necesidades y nuestros actos a horas determinadas inexorable y arbitrariamente, nosotros preguntamos, con la esperanza, la revancha y comprimimos los puños, impacientes.

Y como sabemos aguardar — todo nuestro paso por el cuadro segundo es una dilatada espera — ese anhelo áspero y violento de libertad, que trepa incansable por nuestro espíritu, y se desliza agresivo por todas las encrucijadas de nuestra parte, es atajado en su marcha y contenido en sus ímpetus.

Por eso, también soportamos, hasta ciertos límites, el tremendo rigor con que se nos mortifica; el indignante hacinamiento que entrega, debilitados, nuestros innumerables cuerpos a la perniciosa humedad del suelo; la tortura incalificable de ser exhibidos a las visitas entre rejas infamantes y hostiles; el ambiente duro e irrespirable; la corrosiva falta de higiene; los castigos y las injusticias y todo aquello que adorna de sufrimientos nuestra existencia metódica y aborrecible.

Nuestros rostros, escondidos bajo asombrosas barbas hirsutas y cabelleras desmesuradas y anacrónicas, simulan no saber nada. Con nuestros deseos y propósitos agrupados calladamente en lo más profundo e impenetrable de nosotros, dónde conservan tal vida que a veces nos inquietan, transitamos por el cuadro rozándonos constantemente; sorteamos los bultos de ropa dispersos por el suelo, afrontamos la bazofia que nos imponen, inmasticable — leemos, dormidos y estudiamos, cuál si fuera de lo externo no tuviéramos nada más.

Dentro de aquel cubo de cemento, piedra y rejas, la vida se repliega en sí misma, con una pausa forzada que elimina el pasado y el presente. Nada más que el impreciso futuro cuenta para nosotros. Hacia él se alargan, voraces, nuestros pensamientos y preocupaciones. Viviendo en él por anticipado, nos aligeramos de esas ansias que nos hostigan y que, únicamente hasta determinadas porciones e intensidades, nos es dado tolerar.

Y en este juego desapacible de hurtarle el cuerpo al tiempo, trastocando sus imperativos, se desprndn los días, con un ritmo pausado y perfecto, que pocos y nimios sucesos externos alteran. Desdeñados por nosotros, los meses desfilan aceleradamente huyendo de nuestra indiferencia, y como avergonzados de su inferioridad ante el porvenir, que gana todos nuestros anhelos e inquietudes.

Y somos algo más de doscientos individuos los que, en el cuadro segundo, vamos y venimos acompasada y silenciosamente, en interminables pareos que logran desarraigar la ilusión del tiempo que es y que fué, de nuestras mentes.

Esta noche es la postrera que soporto en el cuadro. Se me ha notificado mi inminente libertad. El hospedaje por cuenta del Estado toca ya a su fin.

Nos encontramos en lo más fuerte del verano. La temperatura que llena el recinto es como un ascua inmensa e invisible acercada a nosotros. Resulta problemático conciliar el sueño, con el apretujamiento que sufrimos y bajo aquel calor macizo y sofocante. Por eso el murmullo informe de cien conversaciones sostenidas en voz baja, asciende al aire entretejido con el humo denso y acre del tabaco ordinario y fuerte que se consume en el cuadro.

Desvelado, acecho con desgano y pesadumbre la llegada del minuto en que quedará rota la unidad que me liga a los compañeros de prisión. Y me resulta difícil y remoto comprender cómo podré distanciarme del círculo común, dentro del cual me he refundido y, según cuyo ritmo pienso y existo.

Mientras el desgranarse de los segundos me va trasladando al instante de la liberación, reparto las últimas miradas entre todo eso que me cerca y que, saturado de aquella espesa media luz, semeja un inmenso y dislocado campamento de "linyeras".

Las postrimeras imágenes de los camaradas tumbados en el suelo en pintorescas actitudes, sudorosos y medio desnudos, van cayendo en mi mente en una despedida cordial y emocionada. De allí las extraeré en el futuro, insólitas y peregrinas ,cual visiones creadas en momentos febriles.

Ya adentrada la noche, cuando se advierte que el calor va retrocediendo, aunque con inaceptable lentitud, el cerrojo de la ancha puerta de barrote es corrido con su peculiar y odioso estrépito.

Ruidos variados de llaves entrechocando; el golpe seco de la culata de un máuser hiriendo el suelo; crujir de papeles y una voz ronca y vinosa que despedaza mi nombre; todo esto se mezcla al rechinar del portalón que se desliza sobre sus goznes en un inmenso bostezo.

Este llamado, que me envuelve como algo confusamente grato y repulsivo a la vez, es quien da el primer golpe que agrieta el círculo y permite el filtramiento de deseos extraños.

Y durante la despedida a los camaradas, es cuando noto con sorpresa y desconcierto que me alcanzan las antiguas ideas ,las olvidadas desde que dejara la celda helada y penumbrosa.

Una preocupación honda comienza a ganarme, mientras bajo los sucios escalones de la cárcel. ¿Qué haré, una vez allá afuera, yo que carezco de domicilio y posibilidades de encontrar un medio de vida...?

Llegamos a la Alcaidía, para firmar la salida, y ya lo actual está imponiéndose con una potencia tal, que lo futuro, desplazado con violencia suma, comienza a rodar hacia un abismo insondable en el que ha de desaparecer irremediablemente.

Al subir al automóvil celular, la unidad que atrapara mi ser al incorporarme al Cuadro Segundo, va cayendo resquebrajada ante estos embates que se suceden con creciente furia.

Encerrado en el tenebroso compartimento del coche, el calor se hace sentir en una forma intolerable. Dentro de aquel mezquino espacio existe una temperatura de horno, que reseca la garganta y empapa de mortificante transpiración todo el cuerpo.

Cierta atonía mental me despoja de la comprensión clara de lo que ocurre. La representación del cuadro segundo comienza a deslizarse sigilosamente hacia los extramuros de mi conciencia, para relegarse a unos planos muy apartados. Uno que otro rayo de luz, enceguecedor y fugaz, cae de las pequeñas persianas que me tienden sus maderas desde lo alto del compartimento. Esto acontece cuando pasamos bajo los focos del alumbrado de las calles. Muchas cuadras ha de devorar el coche, pues esos fulgores húndense, unos tras otros, en mis ojos, en cantidad incontable. Poco a poco vuelvo a mi mismo, superados los instantes de mareo que me acorralaran. Me levanto, procurando atisbar por los espacios de la persiana. El pensamiento de lo que haré, una vez en libertad, me llena los labios de frases interrogantes.

Cruzamos calles apartadas, semi envueltas en sombras, con pocos seres vivientes, que son dejados atrás muy prestamente. Transponemos barrios de casas pequeñas de uno o dos pisos, con descuidados jardines en la parte delantera. Los perros ladran agudamente a nuestro paso. En los almacenes, que iluminan las esquinas, alcanzo a divisar grupos de hombres que rodean mesas pringosas adornadas de botellas y vasos. Desato de mi recuerdo, pasajeramente, los tiempos en que en muchas de esas mesas he discutido con mis compañeros acerca de los más serios trabajos a realizar.

Rememorando esto, el coche se aleja de esos lugares solitarios y turbios. Quiero escaparme del presente, encaminándome hacia el recuerdo de lo que acabo de dejar. Pero es en vano. Todo se ha ido irrevocablemente.

El cuadro brumoso y henchido de calor sofocante; los camaradas desharrapados y cordiales ;el centinela fatigado y aborrecido, cuyo máuser enhiesto es todavía una amenaza frustrada; las paredes torvas y enemigas; nuestra esperanza siempre flameante a los cuatro vientos de nuestros deseos ansiosos y disimulados; nada de esto queda ya al alcance de mi voluntad de rememorar. Unos y otros van evadiéndose de mi cerebro escurridizamente. Y sobre mi mente gotean ahora, en una caída incesante y torturadora, las preguntas incontestables que condensan el presente angustioso que me acosa por todos los costados. ¿Dónde ir después? ¿Cómo encontrar algún sitio para descansar y esconderme?

Estamos en pleno centro. Pronto llegaremos al Departamento. Las luces de los escaparates me ciegan, de tanto en tanto. Los tumbos del coche son menos acentuados, en estas calles asfaltadas. Vuelvo a sentarme. Estoy bañado en transpiración, lo que me produce un malestar extraño. (¿A quién recurrir en busca de hospedaje?). El automóvil aminora su marcha. (Si comienzo a vagar por las calles, caeré de nuevo en muy breve tiempo. Tengo un aspecto demasiado sospechoso). Oigo rumores de voces filtrándose en el silencio, hecho de sombras, de mi compartimento. (¿Recurriré a los compañeros más allegados? Pero es que éstos son conocidos, lo cual entraña un agudo peligro). Siguen intercambios airados de frases y algunos gritos. Intuyo que hemos penetrado en el patio rectangular del Departamento, donde se detienen los automóviles celulares. (¿Qué hacer ,entonces, qué hacer? ¿Dónde parar a la salida?). La velocidad disminuye cada vez más. Luego, con fuerte sacudón, que me arroja contra la puerta, muere el movimiento del coche. (¿Hacia qué lado ir? Necesito, impostergablemente un albergue, esta misma noche). Hemos llegado ya.

Cuando desciendo del automóvil, esforzándome por retener el paquete con los puños sudorosos, mi yo resurge angustiado y expectante, en un presente sentido y vivido por él con una fuerza inesperada.

Cubriendo apresuradamente las aceras desiertas, bajo el apremiante temor de que alguien repare en mi barba enmarañada y temible o en mi andrajosa vestimenta o en mi sospechoso bulto, sucumbo poco a poco a la áspera desesperación de no saber dónde ir a refugiarme, ni cómo escapar a esos minutos terribles, que valen por siglos, que habré de gustar, segundo por segundo, hasta conseguir dónde ampararme, si eso llega a ocurrir.

En el Cuadro Segundo, arrinconados en insufrible hacinamiento y desdeñosos del momento actual, algo más de doscientos hombres prosiguen tendiendo, con agrandado fervor, su común esperanza y sus aunados deseos hacia ese futuro que, para ellos, debe llegar inexorablemente.

CARLOS MOOG

ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

Bibliografía

BARON DE LA ROCHE — Se Alquila — Poesías.

ESTE aparente libro no carece de ninguno de los estigmas de un primer libro. Sin embargo, un extracto de la correspondencia de Juan Pablo Echagüe nos advierte que otro lo precedió, todavía más prenatal. Dice J. P. E., con ese estilo (felizmente) inimitable que lo caracteriza y que le permite ser confundido con José María Monner Sans o con el Almanaque del Mensajero: "Entre tanto se complace en anunciarle, que ha descubierto en las páginas aludidas, la marca de un temperamento lírico vibrante, que seguramente florecerá lozanamente en obras brillantes, cuando el trabajo y la vida acaban de modelar su sensibilidad".

De ese vaticinio en prosa rimada es lícito inferir que no el trabajo y la vida, sino el ocio y la muerte son los tutores del barón de la Roche.

Un índice extractado de doce títulos recomienda ciertas poesías que juzga impostergables el escritor. Copio dos de ellas, que justificarán la parquedad de este comentario. La primera, esta anécdota mentirosa:

NO VIO

¡Golpearon los vidrios de la ven-
(tana...!
Alguien está llamando...
—entre el sombrío ambiente del
(silencio
que teje en tanto, la noche he-
(lada y desierta,
que trae a los recuerdos buenos,
(la lluvia,
que mientras que baña los espa-
(cios
a través de las distancias del
(tiempo, las imágenes atrae—
Golpearon otra vez...
otra vez...
otra vez...
¡es la caída de la lluvia en los
(vidrios!
Pero el alma de ella, no vió
cómo se alegraba de júbilo el
(alma
creyendo la amada volviendo.
¡Qué miedo da la lluvia, y solo,
en su infinidad de silencio!

La segunda incluye instrucciones para un improbable declamador:

LOS RECUERDOS

¡Han abierto la puerta! ¡Quién
(será corazón!
Alguien ha entrado...
¡Quién será que tan familiar-
(mente ha entrado
y sigue por el salón!
El ambiente gris, cargado está
(el meteoro
días: sin sol y frío, largas llu-
(vias y de recuerdos.
Mis años de vida fiebran
desfilaron ya todas las imáge-
(nes que me conocieron
¡Corazón! ¿Quién será?
¡Oh! lamuerte (1)
tocan el piano...
ruidos hacen, alguien observan-
(do los objetos delsalón
¡Oh, los recuerdos (2)
¡horror (3)
"Soy yo, que ha sufrido tanto
por tu amor, mi dueño
Ya ni me conoces.
No ves, que vine a oler los per-
(fumes
de mis primeros años de juven-
(tud'.

(1) Con una mirada fija que el vabe mirando l interior de las otras piezas de la puerta abierta frente, de un salto, lleno de espanto, llevándose las manos a los ojos.

(2) Se siente el piano nuevamente... una música que él ha conocido.

(3) Exclama ante la presencia del intruso.

Es imposible que estos versos no le gusten íntimamente Juan Pablo Echagüe. J. L. B.

BLANCA LUZ BRUM — Atmósfera Arriba — Edit. Tor.

La más convincente parte de "Atmósfera Arriba" es la titulada "Minerales de Taxco". Pero el destino obligado de estos cuadros de fuerte entonación no era el verso. Pudieron quizás, ventajosamente, ser escritos en prosa. Destacamos entre ellos los que llevan los números 11, 12, 14, 15, 16, 17 y 19, por su sobriedad, fuerza y continuados aciertos. Hay en ellos un alma todo impulso que se desgarra entre el mundo. Y un severo sentido trágico. Algo femenino como puede percibirlo la sensibilidad masculina, es decir, como si la mujer fuera algo que nos une con la tierra, que nos acerca a la áspera tierra en toda su primitiva, terrible dulzura, que nos enraiza y nos comunica con todo lo grande que hay sobre la tierra para ser comunicado, no tanto por la inteligencia como por la sangre, no tanto por el sueño como por el ensueño.

Los versos de amor, en cambio, no son satisfactorios. Los que llevan los números 6, 7, 8 y 9, a pesar de ser ,muy superiores a la mayoría de los que conocemos escritos por mujeres, envuelven la incapacidad funcional literaria que las mujeres tienen para tratar el amor, motivada, seguramente, por la excesiva capacidad funcional humana que las caracteriza para sentirlo. Sin embargo, el que lleva el número 4 sortea bien el escollo ,probablemente porque soslaya al amor mismo para buscar acentos dramáticos en las penas de amor. Su desesperado final: "estoy bañada en llanto — y aunque no te amo: te amo", es de una dura crispante intensidad, que sólo una mujer puede expresar con probabilidades de ser creída, de alcanzarnos con ese brusco destello que llamamos belleza, a fin de abreviar discusiones estéticas.

Otro poema indiscutiblemente bueno y poema: el número 5. No se puede llegar más alto en la expresión del desengaño y la tortura interior. No se puede decir con más intensidad: inquietud, sin usar la palabra inquietud. No sin un escalofrío hay que asomarse al abismo de sugestiones atroces, oscuras, de la estrofa que dice: "quiero llenarme de encajes — y dejarme crecer las uñas — sentir los olores de las droguerías — poderme sentar en algún lado". Hermosa manera de decir, después de haber manifestado que: "estoy dispuesta a todo — con esta boca de cadáver", que el horror se ha tornado familiar y la disolución que los alcanza cuando hemos perdido algo vital, puede cumplirse y que es casi un milagro el que no se cumpla... ... ...

"Atmósfera Arriba" abunda en estas notas de brusca exasperación, de rebeldías, alternándose con amargas sequedades espirituales. Habla de un alma hecha al sufrimiento y a la lucha con el sufrimiento. Y pese a su irregularidad, indica la potencia creadora, ferviente, humana, que ya dió a conocer Blanca Luz Brum en su admirable "Penitenciaria de Niño-Perdido".

U. P. de M.

La Muerte de Poe



La noche antes de partir para su viaje al Sur de los Estados Unidos, Poe dijo a una amiga, en casa de quien estuvo a cenar:

—Tengo el presentimiento de que nunca la volveré a ver. Debo partir para Richmond. Si no vuelvo nunca, escriba mi vida. Usted puede hacerme justicia.

Se trataba de Stella, una ya hoy olvidada autora de esos rematadamente cretinos romances populares, cuya fina e insaciable fórmula consiste en hacer que una joven pobre se case (después de varias vicisitudes e intervención de un traidor de recortado bigotito), con un joven rico o vice-versa.

No sabemos si Poe tuvo una especial premonición de muerte en ese instante o si habló como le gustaba hacerlo con las muchachas en ciertas ocasiones, es decir, un poco lánguidamente, haciendo recaer sobre su persona los toques de una atenta y misteriosa fatalidad.

Lo cierto es que, de vuelta a su hogar le dijo a la señora Clemm, madre de su extinta esposa, la dulce Virginia, que había arreglado todos sus papeles, indicándole lo que tenía que hacer con ellos si él llegara a morir. Su estado general no era muy bueno. Quince días antes había guardado cama, víctima de bruscos ataques a la cabeza, como los llaman sus biógrafos amigos o delirium tremens, como parece certificarnos la dolorosa realidad alcohólica y tóxica de su vida, única innegable en este hombre, al que le tocó padecer la inventiva canallería de sus contemporáneos que le acusaron de plagiario y hasta de estafador.

El 30 de junio de 1849 inicia su viaje Poe. Su última gran tentativa para mejorar su destino lo encuentra sin grandes reservas físicas. La señora Clemm no recibe noticias suyas hasta el 23 de julio. Durante esos días Poe anduvo totalmente loco. Habiendo descendido en Filadelfia, bebió de una manera brutal y recurrió también a otros estimulantes. Padeció atroces pesadillas y en su delirio se consideraba perseguido por horrorosos enemigos. Más que en los días en que se tornaba insoportable el espectáculo de la agonía de su adorada Virginia, Poe recurrió al imposible consuelo de las copas tomadas incansablemente hora tras hora, día tras día, en compañía de esos borrachos de taberna que no se cansan de contar la historia de sus dichas náufragas, inverosímiles. Y finalmente no pudo resistir más y, como decimos, se abrió ante sus pies vacilantes el abismo de la locura. Algunos amigos irreconocibles para él, que yacía en una monstruosa, interminable, helada noche poblada de gritos escalofriantes que articulaba sin darse cuenta, lo recogieron y lo salvaron, arrebatándolo del filo mismo de la muerte.

Repitiendo, no obstante, el milagro del fénix que renace de sus propias cenizas, Poe recobró su continente habitual, su figura atractiva y pundonorosa, para enfrentarse con sus antiguos amigos de Richmond. Había surgido otra vez en él, con penosa urgencia, la necesidad de tener una situación. No encontraba más salida que la publicación de un periódico propio, al que llamaría "El Buril". Para recolectar fondos a ese fin, dió algunas conferencias. El resto del tiempo se le iba en visitas, paseos, conversaciones, a que tan inclinado era su espíritu en las épocas de calma. No dejaba de impresionar, como de costumbre, a las mujeres, con su extraña distinción y la belleza casi magnética de sus ojos siempre fijos en un punto lejano, como entristecidos y ausentes y que, quizá por eso mismo, tanto impresionaban a las personas cuando, contrayéndose su pupila profundamente negra y su iris acerado, se detenían en ellas por un instante, como valorándolas de una sola ojeada en forma definitiva.

No sin la apasionada ternura que era una de sus características, volvió a ver a la señorita Royster, ahora viuda de Shelton, a quien amó en sus años de adolescente, cuando vivía con los Allan, en Richmond. Reconocía así, unos tras otros, los objetos y los seres que, por recordarle los más felices años de su existencia, le inspiraban una especie de rara gratitud. Se explica, pues, que estando continuamente vigilado por una amistosa atención, y trabajado por ese sentimiento de gratitud, hiciera esfuerzos desesperados por no sucumbir a sus vicios. Sólo dos veces bebió mientras estuvo en Richmond. La segunda vez su misma vida estuvo en peligro. Un médico, el doctor Carter, le advirtió severamente el riesgo que entrañaba para él la repetición de tales excesos. La reacción de Poe fué conmovedora: se confió en absoluta al médico. Contó con desesperada intensidad que lo llevó hasta el llanto, la historia secreta, tristísima y atormentadora de todos sus días, de todos sus minutos, y la inutilidad de los sucesivos propósitos de regeneración a los que había dedicado sus energías, en una lucha sorda, bestial, en la que, al parecer, no podía esperar tener éxito. Al final, más confortado, prometió no reincidir.

★

Ilustraciones de

Pascual Güida

★

Tenemos una prueba terminante de que entabló la lucha con persistencia de náufrago que comienza a vislumbrar una costa de salvación. Es ridícula y conmovedora, esta prueba. Consiste en la adhesión que Poe envió a la Sociedad de Templanza, de esas que reúnen a su tilinguería antiestética de mapas anatómicos, donde aparecen hombres desorbitados, calcinados y retorcidos por el consumo de una copita de anís o vino blanco, la idea absolutamente ingenua de que incluso los borrachos en último grado, pueden corregirse mediante la anotación de sus datos personales en una ficha y la formulación de una promesa de abstención absoluta ante los miembros de la honorable comisión directiva.

★

por

Ulyses Petit de Murat

★

Pero Poe no sólo hizo esta heroicidad, sino muchas otras, con tal de huír de su demonio familiar. No vacilaba en pasearse con damas cursis y romanticonas, que han dejado recuerdos extraordinariamente contradictorios sobre su personalidad de aquellos días crepusculares de su vida. Trataba de confrontarse con el Poe feliz de antes de ir a la universidad. Así olvidaba un poco lo que constituía para él una vergonzosa lacra. Paseaba tranquilamente, pues, con damas repletas de pedantería, que han inventado toda suerte de patrañas, en el deseo de hacer de Poe algo doméstico, algo muy conocido por ellas, en cuanto se enteraron de que aquel señor serio, reservado, a ratos efusivo, pero siempre un tanto lejano e incomprensible, era completamente inmortal y una especie de hijo predilecto de la gloria y la fama. Se encontraba con excelentes caballeros que no habían leído tal vez su obra, pero que se consideraban sus admiradores innatos en cuanto, al cabo de unos pocos años de muerto Poe, la gente empezó a abrir la boca cuando alguien aseguraba haberle conocido.

Así transcurrieron las semanas más felices del último año de Poe, en un lugar del Sur de los Estados Unidos, bastante semejante al brulote con que Baudelaire uniformó todo el territorio americano, en una especie de habitáculo para gentes incomprensivas y estúpidas y llenas de codicia, debatiendo sus negocios e intereses a la casi diabólica, por lo adelantada y perfecta, "luz del gas".

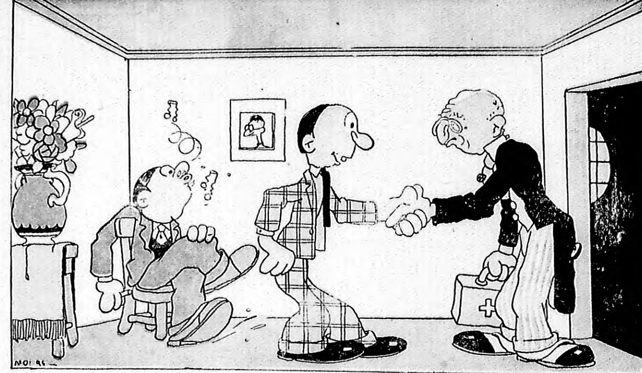
Al partir de Richmond, para el Norte, dijo a la viuda de Shelton y antigua novia suya en camino de serlo nuevamente, que tenía el presentimiento de que no se verían más. Era el día 2 de octubre de 1849. En vapor fué a Baltimore con intención de seguir en ferrocarril hasta Filadelfia y luego a Nueva York.

Llegó el miércoles 3 por la mañana. Bebió. Tal vez recurrió a otros excitantes. Una cuadrilla electoral aprovechó su semi-inconsciencia para hacerlo votar con el nombre de un ciudadano cualquiera, costumbre por ese entonces tan afortunada en la gran democracia yanqui, como las tachas de padrón en la actualidad conservadora de muchas provincias argentinas. Después fué abandonado en una de las calles de Baltimore (si se resistió fué, además, reducido a golpes de puño y patadas). Misterio absoluto sobre el día 4.

El 5 se le aparece a un atónito guarda de tren en el vagón de equipajes, insensible, como petrificado. El hombre lo llevó hasta Wilmington y allí lo reexpidió a Baltimore. Llegó de noche, el día 6. Su última noche la pasó vagando, tal vez con idéntico horror al que atenaceaba el alma de su atormentada creación, en el "Hombre de la multitud". Se durmió al fin como un vago cualquiera, sobre un banco, cerca de un muelle. Estaba definitivamente destrozado. Ya ni intentaba luchar. A las nueve de la mañana del día 7, fué visto y enviado al hospital. Estaba rígido, perdido en una especie de helado estupor. Su fisonomía aparecía cavada, grisácea, surcada como por el siniestro maquillaje de la miseria y de la muerte.

Despertó para morir. Tuvo la desdicha de conocer toda la infinita tristeza de su estado, en el rato de lucidez que precedió a su muerte. La muerte, como un consuelo, lo alcanzó hacia la medianoche del mismo día 7.





Caso Extraordinatio

★

—¿NUNCA te ha llamado la atención —comenzó Tobías Veverás— esa coincidencia de propósitos en las cintas?

Matías Sempronio hizo un gesto de fastidio:

—Me aburres inexorablemente —dijo— con tus frivolidades. Contéstame sin evasivas a mi pregunta. ¿Es o no el casamiento el medio de llevar a cabo mis proyectos?

Tobías lo miró, sumamente divertido. Sempronio continuó, sin esperar respuesta:

—Si yo me caso y tengo un hijo, necesariamente, imprescindiblemente debe tener algo mío, físico o moral: algo de mi personalidad, en fin, algo de mí yo. Será una pequeña parte mía, como si dijéramos...

—Exactamente.

—De esa manera, al morir, yo no muero... No muero del todo, porque una parte mía queda viviendo en mi hijo, y como mi hijo, a su vez, se casará, otra parte de él, es decir mía, pero más reducida, subsistirá en su hijo, quien a su vez hará revivir esa personalidad en su descendencia. Entonces recién habré muerto del todo...

—¿Y si tu hijo se muere antes que tú?

—No hay que pensar en eso.

—Pero —insistió Tobías— ¿si a pesar de no pensar en eso se muere?

—Naturalmente, si se consideran todas las eventualidades posibles, ninguna teoría podría prosperar.

—Sin embargo —dijo Tobías volviendo a la carga— se me ocurre una duda. Si tú tienes varios hijos...

—Sí.

—... esa parte de personalidad tuya se distribuirá entre todos tus hijos, en vez de ir pasando de hijo a hijo, como era tú idea.

Matías sonrió con suficiencia, como aquel que ha pensado en todo.

—No existe ese peligro —dijo, después de una pausa—. He calculado que la intensidad es lo esencial en esto, y no la cantidad. Si yo tuviese muchos hijos, sería maravilloso. Una primera generación que se case totalmente, se amplificaría de manera tal, que yo no podría calcular, ni en forma aproximada, cuándo ocurriría la muerte total mía. Yo he calculado un hijo como base mínima, pero pienso que el tener varios me pondría a cubierto de la posibilidad de que alguno no se casase.

Tobías encendió un cigarrillo, se acomodó en el sofá ,y preguntó:

—Y de casarte, ¿lo harías siempre con Alicia?

—¿Con Alicia? —exclamó Matías Sempronio—. ¡Jamás! Tiene opiniones personales y tú sabes que me resultan insoportables las mujeres con opiniones personales. He pensado más bien en Eugenia. ¿Te acuerdas de ella?

Tobías hizo un gesto afirmativo.

—Eugenia —dijo después de un silencio— es orgullosa, violenta, dominadora, susceptible, voluntariosa, impulsiva, contradictoria, insoportable, arbitraria, apasionada, más inteligente de lo que parece y menos de lo que se espera. Y además, es bella como una diosa.

—¡Qué quieres! —respondió Matías—. Uno no se casa por placer.

Después de un noviazgo rápido e inofensivo, Matías Sempronio se unió a Eugenia Dalpe, ante Dios, ante las leyes y ante algunos amigos.

El fiel Tobías Veverás, participaba de las veladas apacibles del flamante matrimonio, sin que la idea de engañar a su amigo hubiese nunca enturbiado sus claros pensamientos sobre la amistad. Los tres, formaban enternecedores cuadros familiares, y constituían, en la nueva casa infestada de jarrones y "bibelots" la más bella y acabada apología de la burguesía.

—Los verdaderos grandes hombres —dijo de pronto Matías, sentencioso— son aquellos que de cerca parecen hombres insignificantes.

Y como nadie lo contradijese, continuó:

—Lo cual significa que los hombres insignificantes son los que de lejos parecen grandes hombres.

Tobías, que miraba a Eugenia tejer —¡hum!— unos escarpines, comentó malhumorado:

—Los legítimos hombres insignificantes, para mí, lo son, tanto de lejos como de cerca.

—Solo que —intervino Eugenia, recompensando a Tobías con una sonrisa— no lo parecen...

Y después de esa sólida conclusión, abandonó su labor, y salió de la pieza dejando solos a los dos amigos.

Apenas salió, Matías se restregó las manos, expresando su contento.

—¡Siento una gran alegría —exclamó— al ver que mis deseos se cumplen! Es ya un hecho.

—¿Para cuándo lo esperan?

—Para febrero... Si es varón —prosiguió Sempronio entusiasmado— le pondré tu nombre.

Pero Tobías pareció permanecer indiferente a tal distinción.

—Tengo una duda, Matías—dijo.

Sempronio lo miró con inquietud. Tobías se expresaba con cierto temor.

—Lo cierto es... —empezó—. Bueno, mira... no te vayas a ofender. Lo digo en favor de tu tesis. Si por ejemplo...

—Continúa, te escucho.

Pero Tobías parecía no animarse. Balbuceó, confuso:

—No, nada... En fin... Es una suposición, una probabilidad, por supuesto.

—¡Habla de una vez! —se impacientó Matías.

—Decía yo, sí, por ejemplo... si tu hijo no fuese tu hijo.

—¿Cómo? —interrogó Matías. De pronto vió la intención de la pregunta y se quedó lívido.

—¿Tú crees que Eugenia? —articuló trabajosamente.

—¡No, no! —exclamó Veverás—. Pero tú sabes, en la vida hay tantas cosas. Eugenia es muy caprichosa. Imposible no es...

Pero Matías ya había recobrado su aplomo, su tranquilidad.

—Pero es ridículo —dijo—. No sucederá nunca.

—Aunque te parezca una locura el pensarlo —continuó Matías— a objeto de que tu seguridad en ese sentido sea absoluta, no estaría de más que vieras al Dr. Alves.

—¿Al doctor Alves? —preguntó extrañado Sempronio—. ¿Quién es? ¿Y para qué?

—A decir verdad —confesó Veverás—, yo no sé nada de él ni lo conozco, pero he seguido sus conferencias muy atentamente. Las publicó la "Revista Filatélica" en su "Página Literaria".

—Me cansas —expresó Matías con cierto fastidio—. Hablas de un montón de cosas y no dices nada, o dices un montón de veces la misma cosa. Explícate: ¿qué es eso del Dr. Alves?

Tobías tomó una pose de circunstancias para explicar que el facultativo en cuestión, conocido por sus estudios sobre la herencia, había llegado a descubrir un medio tendiente a investigar la paternidad de un modo certero.

—¿Y en qué consiste?—le interrumpió Sempronio interesándose.

—He leído algo, de que es una cosa así como baño reactivo... ¿puede ser, baño reactivo?

—No sé... —respondió con embarazo Matías.

—Entonces debe ser así —continuó vivamente—. Sí, estoy seguro que así es. Se somete al recién nacido a ese baño y en seguida aparecen las señas particulares del padre: cicatrices, marcas, lunares, ¡yo que sé!

Matías meneó la cabeza dubitativamente.

—¿Y si no tiene señas especiales? —dijo.

Tobías hizo un gesto.

—¡Imposible! —agregó—. Todos las tienen. ¿No tienes tú lunares?

—No... sí... sí, tengo uno en la boca del estómago —dijo recordando.

Triunfante, Tobías continuó:

—¿Has visto? Bueno; el lunar puede no aparecer en el niño en el mismo sitio, pero aparece. ¿Tu padre no tenía un lunar en el estómago?

—No sé, no me acuerdo. ¿Pero sabes que me resulta interesante?

Y Matías se quedó caviloso. Tobías agregó algunos detalles técnicos: que lo particular del caso residía en que las señales hechas debían aparecer forzosamente por medio del baño, se borraban pronto y sólo volvían a notarse después de muchos años, ya deformadas...

☆

La pequeña bañadera que debía servir para la experiencia fué colocada en el "living-room", más para evitar que Eugenia se enterase, que por comodidad.

Al sonar el timbre, Tobías comentó:

—A esta hora dijo que vendría. Debe ser él.

En efecto. Precedido por el criado, entró en la habitación el célebre doctor Alves, autor de las desconcertantes "Recherches sur la paternité", que revolucionaron las Academias Médicas de París y de Bogotá. El ilustre facultativo vestía elegantemente: polainas grises, pantalones de fantasía, chaleco de fantasía y una perla sobre plastrón obscuro, probablemente de fantasía también. Tenía cuarenta y dos años, más algunos cabellos grises y una diminuta verruga sobre el lado izquierdo de su nariz.

Hechas las presentaciones indispensables, el doctor Alves comentó con voz sonora y medida:

Ha sido usted una persona de talento al querer hacer mi experimento con su hijo. Mi baño reactivo es infalible.

Matías iba a contestar que no realizaba la prueba por abrigar dudas sobre su paternidad, sino por simple curiosidad científica, cuando un tremendo alarido paralizó a los circunstantes, manteniéndolos en angustiosa expectativa. Casi de inmediato se dejó oír un lloro tranquilo y continuado y la enfermera apareció con un chico en brazos, alzándolo.

A la sorpresa siguió un movimiento de alegría. Emocionado, Matías tomó al niño y lo contempló orgullosamente, ávidamente:

De su abstracción vino a sacarlo la voz profunda y pausada del médico.

—El baño, señor Sempronio —dijo el Dr. Alves—. No hay que demorarlo.

Mientras sumergía al niño en el baño, el doctor explicaba:

—Esto es interesantísimo y muy delicado... ¿Tiene usted un lunar en la boca del estómago, según me ha dicho?

—Así es, doctor.

—¿Es negro? —inquirió el facultativo a tiempo que echaba unos polvos en el agua.

—No, doctor; marrón, marrón obscuro.

—¡Hum! ¿Grande?

Matías consultó a su amigo con la mirada. Luego:

—Regular... más bien chico.

El Dr. Alves hizo un gesto de comprensión y sumergió un poco más al niño, que no había cesado de llorar.

—¡Ya está! —exclamó bruscamente.

Los dos amigos se acercaron. El chico tenía una pequeña pintita sobre el estómago. El doctor Alves contemplaba sonriendo el alborozo y admiración de los dos hombres. Dijo simplemente:

—El experimento es completo y terminante. He concluído mi misión.

Matías y Tobías se acercaron para estrecharle la mano efusivamente. Pero un nuevo e impresionante alarido les cortó el gesto. Los tres se miraron desconectados. Antes de darles tiempo a reponerse de la sorpresa, un lejano llanto infantil se unió al anterior.

—¡Zas! ¡Mellizos! —exclamó jovialmente el doctor—. Lo felicito a usted, señor, —terminó, guiñándole un ojo a Matías.

Inmediatamente apareció la enfermera azorada, con otra criatura en brazos que entregó al doctor.

—¡Bueno! —exclamó éste con buen humor—. Repetiremos la experiencia. Todo está preparado.

—Mientras tanto — continuó —, le aconsejaría fuese a hacer compañía a su esposa.

Matías y Tobías salieron. Eugenia, pálida, y con la voz desmayada, preguntó:

—¿Y el otro?

Sempronio sintió vergüenza de confesar por medio de qué manejos quería asegurarse de su paternidad, y se puso colorado, sin contestar de inmediato.

Al notar la turbación de su amigo, Veverás se apresuró a responder:

—Lo están bañando...

—¡Traelo! ¡Quiero verlo! exclamó impetuosamente Eugenia.

Matías Sempronio vaciló un instante y luego confió la criatura a Veverás.

—Quédate tú a acompañarlo —murmuró—. Voy a buscarlo.

Luego se dirigió despacio al "living-room". Notó con extrañeza el guardapolvo del médico y los guantes de goma arrojados negligentemente sobre una silla. Pero el recién nacido, que se debatía, abandonado en la pequeña bañadera, reclamó con sus gritos, su inmediata atención. Sacó rápidamente el niño del baño, envolviéndolo con una toalla. Al alzarlo le notó algo raro, algo que antes no tenía.

En el lado izquierdo de su naricita el mellizo tenía una diminuta verruga. Matías alzó la mirada: el Dr. Alves había desaparecido.

ILUSTRACION DE

Lorenzo Molas

POR

E. Villalba Welsh

EL SOBRETODO

POR

EDMUNDO MONTAGNE

ILUSTRACION DE SORAZABAL



SIEMPRE que Regina espera a Clodomiro Bernez, teme que ese día le falte y que esa falta sea la primera de las que han de producirse después, espaciando las visitas hasta quedar anuladas. Así lo temió desde el invierno pasado, cuando un día bellísimo como el presente lo esperó en vano. Instinto de mujer, sin embargo, más que experiencia. Porque en sus treintaicinco años de soltera, su independencia valiente se halla lejos de significar aventura. ¿Aventurera Regina, cuando tiene escrupulosamente ajustada su vida de decoro y trabajo a las horas inexorables que le marca su reloj pulsera?

No obstante ,es evidente que en esos momentos consulta su reloj con una avidez y asiduidad que no son las regulares. Hunde la mirada a lo largo de la calle que tiene frente a su ventana. No se metería con más cabalidad una espada en la vaina. Alcanza hasta la quinta encrucijada y allí se para aguardando que del tranvía verde, a medio detener, descienda Clodomiro. Pero no desciende de ese vehículo ni de otro cualquiera. Y consulta el reloj. Y así lo ha hecho minuto por minuto, desde las dos y media de la tarde hasta las tres y veinte que ya marca.

Por tercera o cuarta vez va a saltar de su asiento y a emplear su impaciencia en dar pasos en la pieza, caundo ahí está que el tranvía verde se detiene y bajan de él varias personas.

Hay que discernir. De entre ellas se destaca una que parecería él. Que camine un poco más y lo dirá. Sí, no cabe duda, es él. De balde lo diferencia siempre un poco alguna prenda nueva de vestir. ¡El hombre del ropero bien surtido!, como le llaman sus amigos. Hoy es el sobretodo. No se lo conoce. No es el azul de todas las visitas últimas. Pero el andar es el de su Clodo.

—¡Te me vas a escapar si sos brujo! — piensa Regina y goza la doble intención que descubre en la frase: la de que ella lo capta con su mirada certera entre los demás viandantes a quinientos metros de distancia y la que se quedará dueña al fin del soltero emperdernido, el irreductible Clodomiro Bernez: tanta es la fe que nace en la desconfianza de hace un instante, a medida que lo ve avanzar ella.

El sobretodo que trae, más amplio que el azul, es de los que no se ajustan al cuerpo. ¿Lo habrá comprado o lo tenía en su famoso ropero bien abastecido? Este año las grandes roperías han comenzado en pleno junio sus liquidaciones de invierno.

Regina se siente halagada a la idea de que estrena esa prenda y guantes del mismo color para salir a pasear con ella. Dos estrenos similares ya, este año.

—¡Y mirá que te mantenés gallardo todavía, viejo! — siguió pensando sin desviarle la visual.— Nadie te quita tu aire de importancia. Tenés derecho a seguir conqueteándome con tus años de edad, ubicables cómodamente entre los cuarenta y los sesenta

Regina se aleja de los visillos y junto al espejo se acomoda terciado su bonetito de terciopelo, toma la cartera y los guantes y vuelve a la ventana. Su Clodo, a cincuenta metros abajo, es la personificación del radiante día invernal que ella ha de disfrutar andando a su lado, al sol, en el parque en que céspedes y arquitectónicos arrayanes verdean, canta el hornero desde un alto árbol y alguna rosa tardía se recorta grácil en el aire azul.

Le tamborilea los vidrios desde adentro y él sonríe como un niño un poco aburrido al que de pronto se le muestra un juguete amado. Y entra. Y ahí está.

—¡Qué chic, Clodo! — le dice Regina y le da un beso como para premiarlo.

—¿De medida o lo compraste hecho?.

Al pronto el hombre no comprende. Pero como ella le acaricia el abrigo diciéndole que el género parece gabardina y también casimir impermeable, él exclama:

—¡El del año pasado, mi hija!

—¿El del año pasado?

—Sí, a fines de invierno.

—No te lo conocía.

—¡Cómo que no!

—¡Qué no: estoy segura!

Y al meterle la mirada indagadora en los ojos, comprende que su Clodo está perdido, que cae en la cuenta de que en efecto no le conoce ella el sobretodo. Lo ve llevar sus manos tropezadoras a los bolsillos y revisarlos para disimular su turbación, y que de pronto saca uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis boletos de tranvía u ómnibus, todos de color rosado. Ella se los va recibiendo y contando implacablemente y él intenta sonreir como si aquello fuese muy divertido.

—Sacá más.

—No hay más.

—Del otro bolsillo.

—Moneditas, solamente.

Las hace sonar.

—Yo quiero ver.

Regina introduce las manos allí. Busca luego el bolsillo interior.

—Lo d[illegible] tino a los guantes, mi hija.

—Lo que quiere decir que estos guantes han sido exclusivamente para este sobretodo.. el año pasado.

—¡Concluí, mujer!

—Ya concluyo.

Saca Regina del bolsillo interior un estrujado papelito. El frunce el ceño y, contrariado de haberlo hecho, lanza una carcajada que se esfuerza en parecer espontánea.

—¡La broma, aquella broma a Juan Capri... que ya te conté!

Pero ella se ha apartado y junto a la ventana lee el papel: "No olvides, el 15, domingo. Tuya o de nadie. —Zulema". Lee en seguida los boletos: "Omnibus "La Patria", ómnibus "La Patria", ómnibus "La Patria", ómnibus "La Patria"...

—¡Todos van a la misma parte! — exclama mirándolo con reto.

El, nada responde.

—¡Ah, el hombre del ropero bien provisto! ¡El muy farsante se da el lujo de adquirir prendas de vestir especiales para cada conquista y luego las colecciona, documentadas, para mostrarlas a sus amigos!

¡Qué desgraciada soy, Dios mío! ¡Con qué cínico he venido a... a denigrarme!

Clodomiro observa apenado la crisis de llanto que le causa, primera en los dos años que trata a Regina; pero continúa mudo.

"Eso pasará", piensa. Y pasa, aunque no tan pronto que no le dé sobrado tiempo para recordar con remordimiento su imbécil infidelidad de un año atrás: lance sin amor ni gloria, más bien abyecto. "Pero ¿es que tengo compromiso formal alguno con Regina?", se dice para descargarse.

Con los últimos suspiros, enjugados sus ojos, va Regina al espejo y se acicala.

El la contempla con cierto enternecido encanto del que se defiende prendiendo desenfadadamente un cigarrillo.

—El tercer broche — le indica.

Tiene sobre el pecho, en efecto, un brochecito de presión desprendido. Pero ahora es ella la que no responde. Sin prender el broche, sigue ocupada de su persona como si estuviese sola. Hasta que después de largo instante, rompe sin mirarlo.

—Pero... ¿usted se ha figurado que yo iré de paseo... con usted?

—A eso he venido.

—¿Me cree tan... no sé cómo... que salga naturalmente con un hombre que lleva ropas estrenadas y dedicadas a otra?

—Se cambian.

—¡Se cambian! Ni un comediante lo diría con ese descaro.

—De algún modo debo decirte que ese no es un inconveniente. ¡Vamos: me las cambio!

—Le repito que no salgo con usted mientras no vista... decentemente.

Aquel "decentemente" tan espiritual y severo a un tiempo, le hace gracia.

—Bueno. Me voy y vuelvo trajeado con toda dignidad. Dame el beso de paz.

—Infame. ¡Salga! ¡No se me acerque!

Le arroja, hechos pelotilla, los boletos y la esquela a la cara.

Y queda de verdad sola: sola y más desasosegada a cada minuto que pasa. Va de un lado a otro, mide una y más veces su capacidad hechizante frente al espejo.

¿Clodomiro es, en materia afectiva, un poco atolondrado de nacimiento, o lo simula y exagera como un medio cómodo de defenderse y no caer? Cuando estaba ella persuadida de que la falta del año pasado había sido empleada en chancear con otros amigos a Juan Capri, he aquí que un sobretodo de feo color chocolate y su inesperado contenido revelan otra cosa, lo que ella había supuesto certeramente desde un principio.

—Lo mismo serán todas mis suposiciones hechas de dos años acá: traiciones tan evidentes como esta. Y no es que sea malo... Se hace el insensible para que lo crean inatrapable... Pero es bueno... ¡Y me lo robarán, me lo sacará de las mismas manos quién sabe quién! ¡una perdida como esa del papelito! ¡Estúpida que soy! ¿Sé aprovechar las ocasiones cuando se me presentan? No, no y no. No lo he sabido nunca. Dejé pasar esta otra. Me dijo "¡vamos!". Por primera vez Clodo parecía no tener inconveniente en que le "violaran" el domicilio, como él dice. Porque supongo que no habría de dejarme en la calle mientras él se cambiase el sobretodo.

Momentos hay en que Regina se ve engañada por Clodo. Clodo no regresaría. Sería ese el temido comienzo de las ausencias que imagina a veces. Y de pronto la desdicha concebida es más hiriente: Clodo, vestido con las prentas — sobretodo y guantes marrones — que corresponden a la "otra" ,se va a su encuentro, al encuentro de la que debe ser todopoderosa... para...

—¡Para poder conmigo! — dice mirándose al espejo.

Y allí ve que la comisura de sus labios se va agachando, que se pone fea, miserable, substituible sin titubeo; que va a llorar; que una ola salobre y ardiente se le sube a la garganta y ha de ahogarla, la ahogaría, a no sacudirla y arrojar eso afuera un sollozo de potencia desconocida...

En una silla, la cabeza echada sobre la cama, su desahogo no tiene fin, porque sigue zozobrando siempre. En esa actitud la encuentra Clodomiro, quien iba a decir "ya estoy listo, querida", pero se queda cortado.

Al rato balbucea:

—Zoncita...

Y va a tocarle la cabeza.

Ella lo rechaza con un impulso que la pone de pie y la lleva nuevamente ante el espejo, donde recomienza su retoque, despacio, impasible.

¿Cuándo terminará de mantenerse en esa actitud que lo paraliza, que lo retiene ahí, a dos pasos de ella, metido juiciosamente en su sobretodo azul, inmóvil, mudo, recelosamente interrogante?

—¡Júreme que no tiene un tercer sobretodo! — exclama de repente Regina encarándolo con severa expresión de juez.

—¿Eh?

—Sí, uno más reciente.

A la visión de otra serie de boletitos saliendo de un nuevo sobretodo para revelar a una tercer amante, Clodomiro se echa a reir de buena gana.

—Merecés que te coma a besos por el chiste.

—No bromeo. ¡Apártate!

—Entonces sos muy mal pensada, Regina.

—Lo veremos. Yo quiero registrar ese ropero.

—Cuando gustes.

—Ahora mismo.

Sálieron. Viajaron. Y al cuarto de hora el portero de la casa en que Clodomiro ocupa un departamentito, se asombra de ver llegar al inquilino más viejo, al hombre absolutamente solo, acompañado de una mujer.

El de Clodomiro no es un común ropero, es un guardarropa de dos cuerpos. Ante él Regina ha descorrido primero una puerta, luego la otra, y ha descolgado perchas y más perchas con sus ropas, a fin de registrar las que le parecen sospechosas. Un boleto gris aquí, uno blanco allá, otro verde... Eso y diversos papeles pueden bien ser los del trabajo últimamente encomendado a Bernes: inspeccionar el reparto de la casa en que está empleado.

Pacientemente, echado en un sillón y fumando, el hombre la ve que arroja los boletos con un "¡hum!" de desconfianza. Papelitos, papelitos... signos fugaces de los pasos que últimamente ha dado en busca del pan o del mal amor, quizás... Se siente cansado... Se dice: "Brava mujer, Regina". Le parece natural verla allí y extraño que no lo haya estado siempre. Pero, caballerescamente recuerda el paseo diciendo:

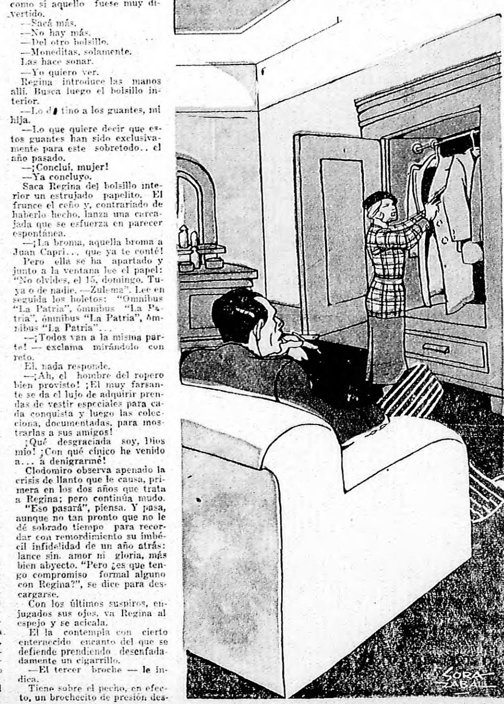
—Cuando quieras.

—No ,yo no me iré de aquí— le responde con tanta tranquilidad como firmeza.

Concluído el registro del ropero, Regina había sentido que alcanzaba el dominio completo en el alma de su Clodo.

—No te vayas. Pero quisiera saber por qué.

—Porque no quiero ser un puñado de boletos de tranvía que otra encuentre dentro de poco en el sobretodo azul y los eche a volar.



EL ESTAQUERO

JUAN JOSE MOROSOLI

ILUSTRACION DE RECHAIN

MEDARDO escarbó, haciendo batea en la tierra, dejó caer un poco de arena, la aplanó, enterró los podos, rastrilló la resaca tapando las puntas que quedaban un poco más que a flor de tierra, y luego comenzó a azotar con barro los montoncitos, haciendo horno para evitar la lavada de la lluvia brava. Amenazaba chaparrón de goterones una nube extendida, despaciosa y negra, que venía "de adentro". En el medio de la luna hubo días calientes y noches de rocío espeso. En el bañado había levantado vuelo, formando collar, para volar lejos, una bandada de maragullones. Se venía un temporal barullento.

Apreciando el tiempo, Medardo ensilló apurado, cargó maleta y "disparó" al boliche.

Con media bolsa de galleta, dos reales de tabaco suelto, fuerte, de "ese que llevan preso si lo agarran", como dicen al contrabandeado, y una botella de caña, la tormenta no mojaba.

—Eh, don Manuel...con este poncho — y levantaba la botella de la "mimosa" — se calentará el nido?

De regreso iba sintiendo con la imaginación, la brasita de la caña en el fondo del buche. Contentazo.

★

Medardo era un siete oficios número uno. Uno de esos hombres que es una lástima que tomen. Malo para él, el pobre Medardo...

Cuando estaba "cargado" salía a buscar noche y dormida por ahí... Entonces se le ponían los ojos como de gato y era rumbeadorazo.

Fresco, no quería pleito con mujeres.

★

En el bañado había hecho una ripuca y allí estaba haciendo monte de sauces. Iba para tres meses ya.

Tres meses vacíos de jolgorio. Sin boliche, sin ver una mujer y sin más placer que vaciarle una vez por semana, de una puñalada, la olla a una oveja. Como el trabajo era por un tanto, Medardo estaba ganoso de darle fin, porque — ¡para mejor! — había errado el visteo. Cálculo hecho después de una noche en que "desataba los perros", cayó a la estancia de Vizcaya, de mañana, en seguida de levantarse de pelear una noche de amor con Justa Pérez, una mestiza que ansiosa era como perro malo. Para animar conversación, el casal tenía en el cajón que hacía de mesa de noche, una botella de caña.

—Tengo intención de hacer monte en el bañadito de la tapera... Vételo y pedí precio... También te digo que voy a sacar precio del viejo Urquiola. El viejo Urquiola fallaba mucho, pero trabajaba "por el aire".

El precio de Medardo cerró el negocio.

—Carnearás a tu gusto, sin venir a las casas. La galleta es de mi cuenta. Alzás en el boliche... Tenés que terminar antes del breteo.

★

Los sauces, si no se apuran engañados por algún veranillo, vienen recién en setiembre. Medardo hacía tres meses que cortaba en los sauces padres. Astillaba cada cien trozos con cáscara del arbol. Hacía pozo, — batea — en la tierra, con fondo de arena, y luego, paraditos, colocaba los mazos. Después abrigaba bien todo de resaca fina, que el bañado iba espumando hacia el borde, ayudado por el viento.

Ya estaba la tierra llena de hornitos — sobre la tierra iba una azotada de barro — como nidos grandes de hornero.

Agosto venía pisándole los talones. La armazón del sauzal en la isla comenzaba a ponerse color ladrillo viejo, y el trabajo estaba en el medio.

Medardo metía y metía. El cuchillo de bayoneta, con dos filos, tiraba filetes de plata al sol. Dele y dele. Cansado el brazo derecho, comenzaba con el perezoso. Cuando se le dormían los dos, arrimaba resaca, y cuando la cintura se le entregaba, se hincaba y cavaba a lo peludo.

Al mediodía, cansado y hambriento, tomaba mate apurado. Uno tras otros, casi sin sacar, y luego comía el asado "arrebatado", con los matambres secos como papel.

Después se iba "a mandar vista", sin taparse, para que el frío lo levantara pronto.

Era un hombre cumplidor que a los hombres no quería faltarles.

★

Ya con el agua en la espalda, cayó al rancho. Había fuego adentro.

—¡Huá!

Era Justa.

—¿Vos sos loca?... Los patos se van del bañao y venís vos...

—Vine porque no hay otro como vos.

Lo que había era que Medardo Soria era como vela de paquete: duraba una noche entera.

★

Ahora comían el asado, recién abierta la prosa.

—Parece cosa del diablo... Hoy que me dió por carnear sin necesidad, venís vos...

—Yo había estado por venir ya...

—¿Y no te comprometés ansina?

—¡Vos sabrás!... ¿Preguntastes cuando fuiste allá?

—Pero era diferente...

—Una noche me anunció el corazón que dibas... te esperé...

A Medardo nunca lo había esperado nadie. Tampoco él esperó nunca nada. Se había juntado "Comi-mucho" con "Indigestión".

★

Justa había venido del pueblo a unas carreras, hacía dos años. Era una mujer que no paraba en ningún lado. Iba metiéndose campo adentro, de estancia en estancia...

—¡Yo que sé!... Vine al pueblo y no me da por ir más p'ayá... Más lejos, campo adentro, sí... ¡Yo qué sé!..

Soria había ido al pueblo y paró allí. El campo lo llamaba como a Justa. Daba vueltas en el eje de la querencia, pero no tenía fijeza.

—No me gusta calentar el nido... ¡Qué v'hacer uno!...

★

La tormenta los apretó en el catre, bien comidos. A veces aleteaban los relámpagos o los truenos sacudían la tierra. Ellos se levantaban, mateaban, se acostaban...

★

Se iba Justa cuando Medardo se dió cuenta:

—¿Con que estás con gento adentro?...

—¿No será eso lo que me trajo?

—Talvé... Vos sabrás.

★

Ahora está todo pinchado de estacas el bañadito. Los podos con brotes que daba gusto. Miles y miles de estacas con la capita de resaca fina abrigando el pie. La yema hecha una florcita de un verde infantil.

El juncal cortado a ras, deja el bañado abierto, franco.

Medardo ya tiene la inquietud de otro viaje. Ya se resolvió una noche desvelado en el rancho. Pero ahora sólo arde en su cabeza una luz: Justa Pérez.

—El cuerpo tiene tamién sus cosas!...

★

Tenía costumbre de deshacer el rancho al seguir. Esta vez no lo deshizo. Fué a buscar a Justa.

Museo de la Confusión

★

UNAS acreditadas cajas de fósforos marca Mantero, lucen en su interior la siguiente advertencia a modo de propagainda:

Este fósforo
Produce gran llamarada
Inclinándolo cabeza abajo
Una vez encendido.

No quise efectuar la operación recomendada porque en el peor de los casos, es decir, aquel en que se consigue efectivamente una briosa llamarada, no podía olvidarme en mi temeridad que me hallaba cabeza arriba y corrían peligro mis lujosos puños de celuloide, mi chaleco de fuerza, mi barba postiza y la mitra recién adquirida. Pensé también en los trastornos que acarrearían si algún caracterizado vecino diera voces de alarma y obligara a los bomberos voluntarios de la Boca a que llegaran presurosos a sofocarme la nariz, dominar mi oreja izquierda, extinguirme el cuero cabelludo, aplacar mi ojo de vidrio o combatir activamente el cuello palomita.

Si cierto lector arriesgado y desconocido desea ejecutar el experimento por mi emitido, puede comunicar las cenizas de su resultado a esta sección.

★

En una festiva edicion de un persistente matutino, hallé el aviso que copio:

Un detalle elegante en su indumentaria, es que su calzado armonice con su cartera. X... presenta una serie de combinaciones de calzados, carteras y cinturones que llaman la atención por ser una nota altamente chic.

Como no soy loco y raro y [illegible]te, me apresuré a poner de acuerdo mi sencilla y anticuada vestimenta con los nuevos rumbos de la moda. Envié mis billeteras al zapatero para que las pusiera en la horma, les colocara media suela, las lustrara y les agregara unos elegantes tacos Luis XV. En una fábrica de carteras se encargaron de construirles a mis sandalias y coturnos, receptáculos para rouge, compartimentos para estampillas y tarjetas, monederos adecuados y un cierre seguro automático y metálico. Para evitar confusiones en caso de pérdida u otros accidentes doté a este calzado de elegantes monogramas de oro en las punteras. Finalmente me ví en la necesidad de equipar de cordones y plantillas a mí único cinturón. Modernizado a más no poder, salí a compadrear hasta la esquina de mi casa, sufriendo allí el sarcasmo pestilente de algunos reos del barrio y viéndome con toda celeridad empujado hacia los contornos de Villa Luro. En estos momentos habito un bloque de piedra de la vía, recibo las caricias del sol sobre mi frente y me hallo constantemente escoltado por compasivos canes y ansiando la llegada de la perrera municipal para mi liberación.

★

En repetidos números de "Atlántida", Constancio C. Vigil suele impartir órdenes para la publicación del aviso que sigue:

Advertencia importante: Se advierte que la marca "Marilú" está garantida por las leyes en todo el territorio de la República; que solamente en la Librería Atlántida, Florida 643, se halla autorizada la venta de muñecas, muebles y ropas "Marilú", y que la venta no autorizada de estos artículos constituye un acto ilícito penado por nuestras leyes.

Tal vez la marca Marilú esté garantida por las leyes, pero ignoro si el lector que se arriesga a adquirir algunos volúmenes de la librería Atlántida y le sucedan camisetas lujosamente encuadernadas en pasta española con el lomo dorado y mangas numeradas del 1 al 100; delicados calzoncillos en papel Japón con un ex-libris al frente y prólogo dedicado al que le yere o ilustrativas medias en cuero de Rusia con grabados en madera, índices en las plantillas, cajones llenos de bibelots en las punteras y talones Nordiska, se encuentra también protegido por las leyes. En la duda, abstinencia.

★

F. Silva Valdés, en una producción rotulada "Las Manchas", se asombra entre paréntesis del siguiente método para describir un caballo:

Alazán con una estrella en la frente

y comenta:

Hermosa manera de describir el pelo de un caballo, muy usada en el campo.

Para próximos asombros del poeta me he permitido coleccionar otras hermosas y usadas descripciones camperas para diferentes clases de mamíferos, ovíparos y pisciformes. Son estas.

Bataraz con un asteroide detrás de la oreja.
Orpington leonado con un satélite en la pechuga.
Cobrizo con un sistema solar en el esternoclido mastoideo.
Yaguané con un planeta en los garrones
y Acantopterigio con un asterisco en las agallas.

★

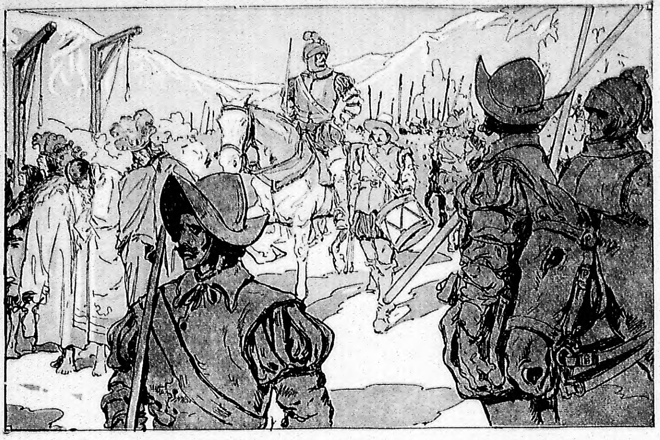
En el poema titulado "La Caña", el celebrado vate Julio Estavillo dice, refiriéndose a la bebida:

A tí te traen, como una diosa indígena,
por la noche, escoltada por hombres valientes y probados,
al claro de la luna, bajo el palio del cielo
y a veces alumbrada por los relámpagos,
y, para que no te profanen los hombres de la ley,
tu escolta te defiende a cuchilladas y balazos.
Tú cruzas en el misterio de la noche,
por la inmensidad silenciosa de los campos.

Silencio rarísimo éste, que solamente es interrumpido por el cese de los pistoletazos, el descanso de los facones, la ausencia absoluta de fenómenos celestes y atmosféricos, la moderación de los hombres valientes y probados y el apaciguamiento intermitente de las escoltas.

POR

Anímula Vágula



EL ULTIMO INCA

POR

G. POLANCO ALLERA

ILUSTRACION DE ROJAS

EL suplicio horrible de Tupac Amarú no significó el fin del levantamiento de 1780 ni la sumisión completa de los indios. Indignados aún más con las terribles ejecuciones del 18 de mayo, resolvieron continuar resistiendo.

La brutal política del visitador no podía haber sido más funesta ni menos inteligente. La bárbara sentencia iba a causar todavía nuevos graves trastornos y a hacer correr mucha más sangre.

El mismo día de la ejecución del Inca numerosas huestes de partidarios suyos, a las órdenes de su primo Diego Cristóbal Tupac Amarú, rodeaban la ciudad de Puno, mercado de suma importancia, y ponían en grandes dificultades al corregidor Orellano. Este, como medio de amilanarlos, hizo propalar la noticia de la prisión y muerte del caudillo; pero esto lejos de ello, provocó más bien el que se doblaran sus esfuerzos, derrotando a los españoles comandados por Nicolás de Mendisala en Condorcuyo y apoderándose de Chucuito a sangre y fuego, cometiendo todo género de excesos como venganzas.

Diego Cristóbal Tupac Amarú que, en unión de sus sobrinos Mariano, hijo segundo del Inca, y Andrés Mendagure y de Andrés Bastidas, hijo de un hermano de la valerosa Micaela, esposa de Tupac Amarú, habían escapado de caer en manos de los aprehensores del caudillo en Langhi, abrieron una cruda campaña en el mediodía, en particular en la meseta del Callao, constituída en centro y teatro de sus operaciones.

Conocido el triste fin de su primo fué reconocido como heredero de sus derechos y sucesor en la dinastía Diego Cristóbal Tupac Amarú que desde aquel momento se convirtió en cabeza principal de la reacción.

El avance del Mariscal Valle había producido una momentánea retirada de los indios, volviendo pronto a la carga, cuando el 26 de mayo aquellas fuerzas evacuaron la ciudad del lago, víctimas de necesidades no satisfechas y grandemente diezmadas emprendiendo el camino del Cuzco.

No era posible abandonar del todo a los pobladores y se optó por llevárselos en una gran mayoría, quedando semi despoblada la ciudad, compuesta por unos seis mil habitantes.

Valle, entregado a su suerte, no pudo cumplir sus jactanciosas promesas de llevar sus armas vencedoras hasta los confines del virreinato de Buenos Aires contentándose entonces con una expedición heroica es verdad, pero muy poco halagadora.

Fué injustamente, reprendido por Areche a su llegada al Cuzco, toda vez que sus tristes condiciones, con soldados que carecían de pertrechos, que morían de hambre y que abandonaban a diario las filas, le impedían conseguir el menor resultado feliz.

"No son hijos de un parto el mando de las armas y el de la pluma ni es posible pacificar en cuatro días lo que señores y señorías han alborotado en cuatro años", fué la terminante respuesta dada por el mariscal a los cargos del visitador.

Lo cierto es que tal movimiento entregaba aquellas provincias en manos de Diego Cristóbal, que no tardó en caer sobre ellas estableciendo su cuartel general y morada en el pueblo de Azángaro, convertido por éste en capital provisional de los Incas.

Los sublevados de una y otra orilla mantenían así el contacto y agravaban la situación de los blancos hasta el punto de hacerla desesperante.

Nuevas fuerzas que se habían organizado en Arequipa y en el Cuzco, a las órdenes de don Ramón Arias y del mariscal Valle, encargado este último de la campaña de pacificación, intimidaron a los indios, que optaron por acogerse al indulto.

Diego Cristóbal Tupac Amarú y su familia se entregaron en Sicuani y prestaron juramento de fidelidad al soberano español en manos del obispo del Cuzco.

Sólo unos cuantos continuaron resistiendo, encabezados por Pedro Villaespesa, Tupac Catari y otros, pero aunque lucharon denodadamente no pudieron provocar una reacción, ni hacer frente al ejército del mariscal Valle, que logró alcanzarlos ocasionándoles una seria y sangrienta derrota. Perseguidos los capitanes indios perecieron uno en poder de los españoles y otros asesinados por los salvajes de la montaña.

Como consecuencia de un movimiento posterior en Calca y Lares, que se sofocó, dispuso el virrey que fuesen enviados a Lima Diego Cristóbal, Mariano Tupac Amarú y Andrés Noguera, porque su residencia en Tinta inspiraba recelos. Los dos últimos obedecieron, siendo destinados al Colegio de caciques que funcionaba en la capital, mas el primero observó su condición y apellido y se negó terminantemente a cumplir dicha orden.

Exasperadas las autoridades españolas por esta actitud de Diego Cristóbal, no atentaron contra el indio, pero cuando después se negó a declarar los lugares dónde habían sido ocultados los grandes tesoros de que dispuso su primo, la sospecha fué haciendo lugar. No era posible romper abiertamente con el indulto, ya que ello iría en desprestigio mismo del poder constituído y traería serias consecuencias. Para evitar esto se tramó un expediente, en que figuraban informes desfavorables al Inca, emitidos por el coronel Avilés, jefe de las tropas de Valle, por fallecimiento de éste, por el Obispo de Cuzco, por muchos curas párrocos y otras personas notables, al que se unieron ciertos avisos comunicados por el virrey de Buenos Aires; todo lo que concurría a probar la culpabilidad de Diego Cristóbal, violando el indulto que se le había concedido.

Procedióse entonces a la detención de éste, su familia y algunas personas más que se decían complicadas. También se dispuso la prisión del hijo y del sobrino de Tupac Amarú en la cárcel de Lima.

Instauráronse luego dos sumarios: uno en la capital del virreinato y otro en el Cuzco a cargo del tristemente célebre oidor Mata Linares. Este se siguió con extraordinaria celeridad y el 19 de julio de 1783 fueron conducidos al patíbulo Diego Cristóbal Tupac Amarú, Marcela Castro, su esposa y Simón y Lorenzo Condori, considerados como los agitadores más seriamente comprometidos.

Diego Cristóbal fué martirizado salvajamente en sus carnes con tenazas candentes antes de matarle, y esto después de hacerle presenciar el desgarramiento de la lengua y el ajusticiamiento de su noble compañera. La sentencia mandaba también al destierro o a trabajo forzado a más de setenta personas, casi todas parientes o allegados de Tupac Amarú.

Mereció alguna consideración, sólo por contar once años, un hijo del infortunado Diego Cristóbal, que remitido a la península, le sobrevivió poco tiempo, falleciendo de muerte natural.

No había, pues, nada que justificara estos nuevos atentados repugnantes contra la personalidad humana, sobre todo tratándose de quienes se habían entregado a discreción, fiados en la buena fe de un ofrecido y caballeresco perdón.

Kerensky Habla

ALEJANDRO Feodorevich Kerensky! Un aerolito que ha atravesado el cielo. Ráfaga de la gran guerra. Una ascensión vertiginosa. Unos meses de popularidad desbordante. Luego, en el brutal descenso a esa profundidad con sombras poblada por hombres que el mundo olvida!

Cuando le oigo por primera vez en su modesta residencia de Passy, comprendo la fuerza de atracción que tendría su voz incomparable en los tiempos en que este hombre era el joven abogado de 25 años, diputado de la oposición en la Duma, y cuando más tarde, jefe de gobierno, incubaba la intención de arrastrar tras de sí al ejército y a la nación hacia los días inquietos de 1917.

No expone opiniones prudentes, mitigadas de reservas, invocando la insuficiencia de sus afirmaciones. Conoce la verdad de Rusia y no admite que se dude de él. Ataca. Elogia. Com- [illegible] ...usted a pedir [illegible] hombre que ha [illegible] negligen- [illegible]

Se impone el [illegible] toda interrogación. Kerensky es de esos hombres impacientes que rechazan l[illegible]; pero que, dejándol[illegible] saben adivinarnos y [illegible] responden, una a una, [illegible] nuestras curiosidades. [illegible] nervios, podría decirse que es un hombre eléctrico. Si un minuto le encuentra de pie, al siguiente está paseándose, y al otro, le veo sentado en el pequeño escritorio en que me recibe. A propósito, la butaca en que lo hace, es la misma que habitualmente ocupaba en la Duma y que conserva como querida reliquia de aquel parlamento donde quedó (¿quizás?) la mejor mitad de su vida...

Inmediatamente su voz arranca imperiosa: "Miliukoff ha afirmado que si abandonó el poder fué porque entreveía las consecuencias de mi debilidad. Y no son enteramente así, como las cosas han pasado. La verdad es que cuando Miliukoff estaba en el poder yo estaba en el ejército. La verdad es que fueron todos los ministros los que unánimemente pidieron a Miliukoff, abandonara la cartera de Negocios Extranjeros, después de la de Instrucción Pública, en mayo de 1917; porque Miliukoff preconizaba abiertamente la anexión de Constantinopla y su imperialismo era explotado favorablemente por los bolcheviquis. He ahí la realidad de cómo Miliukoff abdicó el poder. Yo lo afirmo".

—"Lo que yo pienso de la situación actual de Rusia?... Pues con el criterio unánime de los que apreciamos la realidad, de los que no nos engañamos, de los que estamos con la verdad, y que, después de larga espera para no juzgar prematuramente,



proclamamos que Rusia ha llegado a una crisis decisiva. El complot de Moscú fué su primer característica. Cuando un régimen se reduce a tales expedientes, puede estarse seguro de que el suelo tiembla bajo sus pasos"...

"Ultimamente, el grado a que llegaba la opresión sobre las masas —continúa diciendo el autor de "Preludio del bolcheviquismo" — necesitaba crear una nueva figura. Esa figura era ayer, el triunfo del comunismo realizado en cinco años de un poderío industrial más magnífico que el de los Estados Unidos. Después de ésta, se ha buscado otra cosa. Pero la imaginación soviética sólo ha dado el ensueño del aire militar..."

—"La posición de Stalín es insegura. ¿Sabe usted cual es el presentimiento del fenómeno mas característico?... Es la descomposición espontánea de la máquina de la dictadura. El complot contra Stalín fué montado por el presidente del consejo de los comisarios del pueblo de Syrtzoff, y encontró la colaboración de los elementos más observadores del pueblo y de la armada. Estós no son los precursores de los Soviets, de Krassin ni de Stalín. Son los jóvenes cuya educación política se ha hecho bajo la influencia del nuevo régimen ;pero que han llegado por la prueba de los hechos a juzgar severamente como nosotros. He aquí el significativo convincente de esta pequeña élite soviética. Se da cuenta de la profunda desafección del régimen. Como también sobre toda necesidad absoluta de hacer concesiones económicas y políticas a los paisanos. No habrá que imaginar, en efecto, que se restablezca el orden en la campaña con solo suspender la colectivización a todo trance por la fuerza. No se hace ninguna idea desagradable de la desesperación, a que han llegado los "moujiks", porque no se sabe el caracter terrible y atroz que han tomado los sucesos, no después de ayer, pero sí después de dos años de campañas"

"Sí; las cosas cambian, dice Kerensky. Es exacto lo que ocurre en el Cáucaso y en Ukrania,— en el Cáucaso, sobretodo en Georgia y en Azerveina, elementos de revuelta que trabajan activamente contra el régimen bolchevique. Todos estos elementos encuentran estimulantes en Polonia, en el "grupo de los coroneles". Ellos son bien recibidos hasta en Rumania. Pero..., los hombres seguirán! No se inquiete usted por esos hombres. Se encuentran precisamente en Rusia. Dentro de Rusia. Ellos vendrán a su hora. Las cosas han de pasar; también cuando esos hombres sean necesarios, ellos surgirán!..."

Kerensky no quiere hablar más. No puede. Ha llegado la hora de otra cosa. Es un hombre excesivamente metódico. Y ordenado. Me había concedido quince minutos y han pasado ya. Durante ese tiempo Kerensky ha mirado algunas veces su reloj. No quería que le robara un solo minuto a sus libros. A sus libros que le estaban esperando...

★

Solari Amondarain

Ilustración de Güida

EL CAPITAN KID

POR

MARCEL SCHWOB

ILUSTRACIONES DE PREMIANI

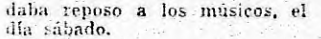
NO se ha podido llegar a un acuerdo con respecto a la razón que hubo para dar a este pirata el nombre de "cabritilla" (Kid). El acta por la cual Guillermo III, rey de Inglaterra, lo invistió de su mandato sobre la galera "La Aventure", en 1695, comienza con estas palabras: "A nuestro fiel y bien amado capitán William Kid, comandante, etc. Salud".

Pero es exacto que ya entonces este nombre era una designación de guerra. Unos dicen que el capitán tenía la costumbre, pues era elegante y refinado, de llevar siempre, tanto en el combate como en la maniobra, delicados guantes de cabritilla; otros aseguran que, durante sus peores matanzas, gritaba: "Yo soy dulce y bueno como una cabritilla recién nacida"; otros, en fin, pretenden que encerraba el oro y las joyas en sacos muy livianos, hechos con cuero de cabra joven, uso al que se aficionó desde el día en que saqueó un bajel cargado de mercurio, con el cual llenó mil bolsillos de cuero, que están aun enterrados en el flanco de una pequeña colina en las Islas Barbadas. Basta con saber que su pabellón de seda negra tenía bordadas la cabeza de un muerto y la de una cabra, y que su sello estaba grabado de la misma manera. Aquellos que buscan los numerosos tesoros que escondió en las costas de Asia y América, hacen caminar adelante una pequeña cabra negra, que debe gemir en el sitio donde el capitán enterró su botín; pero ninguno ha tenido éxito. Barba Negra mismo, que había sido informado por un antiguo marinero de Kid, Gabriel Loff, no encontró en las dunas, sobre las cuales está hoy construido Fuerte Providencia, más que gotas esparcidas de mercurio, emergiendo a través de la arena. Y todas esas búsquedas son inútiles, porque el capitán Kid declaró que sus escondrijos permanecerían eternamente desconocidos a causa del "hombre del balde sangriento". Kid, en efecto, fué acosado durante toda su vida por este hombre, y los tesoros de Kid son frecuentados y defendidos por él, después de su muerte.

Lord Bellamont, gobernador de las Barbadas, irritado por el enorme botín de los piratas de las Indias Occidentales, equipó la galera "La Aventura", y obtuvo del rey, para el capitán Kid, el comando de la nave. Desde hacía mucho tiempo Kid estaba celoso del célebre Ireland, que robaba todos los convoyes marítimos; prometió a lord Bellamont apresar la chalupa de su rival y traerlo a Ireland mismo, con sus compañeros, para hacerlos ejecutar. "La Aventurera" llevaba treinta cañones y ciento cincuenta hombres. Primero Kid tocó el puerto de Madera y se proveyó de vino; después Bonavista, para embarcar sal; y al fin San Yago donde concluyó de aprovisionarse. De allí hizo velas hacia la entrada del Mar Rojo, donde, en el Golfo Pérsico, hay un sitio, en una pequeña isla, que se llama la Llave de Bab.

Es allí que el capitán Kid reunió sus camaradas y les hizo izar el pabellón negro con la calavera. Juraron todos, sobre el hacha, obediencia ciega a las leyes de la piratería. Cada hombre tenía derecho al voto y un título igual para compartir las provisiones frescas y los licores fuertes. Los juegos de cartas y dados estaban prohibidos. Las luces y candelas debían ser apagadas a las ocho de la noche. Si un hombre quería beber más tarde, debía hacerlo sobre el puente, en la noche, a cielo abierto. No se admitirían ni mujeres ni adolescentes. Aquel que los introdujera bajo disfraz sería castigado con la muerte. Los cañones, pistolas y cuchillos debían ser cuidados y bruñidos. Las reyertas se ventilarían en tierra, a sable y pistola. El capitán y el contramaestre tendrían derecho a dos partes; el artillero, el segundo contramaestre y el timonel, a una y media; los otros oficiales a una y un cuarto, con respecto a los simples marineros, en el reparto del botín. Se acordaba reposo a los músicos, el día sábado.





★

El primer navío que encontraron era holandés, capitaneado por el "schipper" Miguel. Kid izó el pabellón francés y le dió caza. El navío mostró, asimismo, los colores franceses; entonces el pirata lo saludó en francés. El "schipper" tenía un francés a bordo, que respondió. Kid le preguntó si tenía pasaporte. El francés le dijo que sí. "Y bien, por Dios, —respondió Kid— en virtud de vuestro pasaporte, yo os tomo por capitán de ese navío". Y, en seguida, lo hizo colgar del palo mayor. Después llamó a los holandeses, uno a uno. Los interrogó y, fingiendo no entender el flamenco, ordenó para cada prisionero: "¡Francés a la tabla!". Se añadió una tabla a la proa, saliendo sobre el mar. Todos los holandeses corrieron por ella, desnudos delante de la punta del cuchillo del contramaestre, y saltaron al agua.

En este instante, el artillero del capitán Kid, Moor, elevó su voz: "Capitán, —gritó— ¿por qué mata esos hombres?" Moor estaba ebrio. El capitán se dió vuelta y, agarrando un balde, se lo asentó en la cabeza. Moor cayó, con el cráneo partido. El capitán Kid hizo lavar el balde al cual estaban pegados algunos cabellos, junto con sangre coagulada. Ningún hombre de a bordo quiso ya, nunca más, mojar en él el lampazo. Dejaron el balde atado al empalletado.

★

Desde ese día, el capitán Kid fué acosado por el hombre del balde. Cuando apresó el bajel moro "Queda", equipado por hindús y armenios, con diez mil libras de oro, durante el reparto del botín el hombre del balde sangriento estaba sentado sobre los ducados. Kid lo vió bien y juró. Descendió a su cabina y vació una gran copa de vino. Después, de vuelta sobre el puente, hizo arrojar el antiguo balde al mar. En el abordaje del rico bajel mercante "Mocco", no se encontraba conque medir las partes de polvo de oro del capitán. "Lleno un balde", dijo una voz atrás de Kid. Este cortó el aire con su cuchillo y enjugó sus labios, que espumaban. Después hizo colgar a los armenios. Los marineros parecían no haber sentido nada. Cuando Kid atacó "La Golondrina", se extendió sobre su cucheta, después del reparto. Cuando se despertó se sintió empapado en sudor, y llamó un marinero para pedirle con que lavarse. El hombre le trajo agua en un baldecito de estaño. Kid lo miró fijamente y gritó: "Es esa la manera de conducirte como un gentilhombre afortunado? Miserable! ¡Me traes un balde lleno de sangre!" El marinero huyó. Kid lo hizo desembarcar y abandonar en un peñón, con un fusil, una botella de pólvora y otra de agua. Kid no tuvo otra razón, para enterrar su botín en diferentes lugares solitarios, en medio de la arena, que la persuasión en que él estaba de que todas las noches el artillero asesinado venía a vaciar su oro con el balde para arrojar las riquezas al mar.

★

Kid se hizo capturar sobre la ruta de New-York. Lord Bellamont lo envió a Londres. Fué condenado a la horca. Lo colgaron sobre el patio de la Ejecución, con su traje rojo y sus guantes. En el momento en que el verdugo le bajó sobre los ojos el bonete negro, el capitán Kid se debatió, gritando: "Santo Dios! Yo sabía muy bien que me pondría su balde sobre la cabeza!". El cadáver ennegrecido permaneció amarrado por las cadenas, más de veinte años.

El Sabio Califa

POR

Alberto Nin Frías

Ilustración de Parpagnoli

★

¿QUE gloria es comparable con la que procura el estudio y el trato con quienes aman el conocimiento por encima de todas las cosas?

De esa suerte reflexionaba Harún, el califa abbasida de Bagdad, mientras tendía la vista desde la ventana de su alcoba sobre la maravillosa Bagdad, capital del Califato: aparecía la hermosísima urbe con sus innúmeros minaretes y cúpulas que se destacaban sobre la espesa negrura del caserío. El sol estaba en su ocaso. Bagdad obedecía ciegamente al jefe de los Creyentes, porque generoso, instruído y elocuente él, sabía ejercer el poder con magnanimidad. Su renombre se extendía por todo el mundo de ese entonces. El alcázar califal, malgrado su dilatada extensión, constituía tan sólo una cárcel cercada de inaccesibles muros. Había en su interior cuanto pudiera concebir como bello la mente humana.

Ni el magnífico despliegue de lujo, ni la perpetua adulación que le tributaban consejeros y plebe, habían logrado jamás secar las fuentes sencillas y fuertes del corazón de Harún. Así, amaba él retirarse a su cámara, fingir que dormía y, luego abandonar el palacio por un pasadizo secreto y ganar a toda prisa las callejuelas de Bagdad. Disfrazado Harún podía contemplar lo que el pueblo hacía y pensaba. Esta costumbre muy suya le reservaba siempre alguna sorpresa inesperada. Y, harto necesitaba de este estímulo quien nunca hallaba oposición al menor de sus deseos.

Un día ocurrióse le vagar por las callejuelas de Bagdad, vestido de mendigo. Fué a parar a



los barrios peor frecuentados de su dominio. Y, la fatalidad, única soberana del mundo, según Mahoma, quiso fuera a descansar en una taberna, tenebroso escondrijo de una banda de ladrones. Observándole atento a lo discurrido, uno de los malvados lo acusó de ser un espía. Acto continuo los cacos le molieron a palos hasta desmayarle. Luego, dándole por muerto, lo arrojaron a la calle. Atinó a pasar por estos apartados lugares, un estudiante mozo, Abul-Alá, de nombre, que tierno y bueno, tenía el corazón sensible al sufrir de los otros. Echóse el herido al hombro, llevóselo a su hogar y allí le bañó las heridas. Cuando Harún volvió en sí, sorprendidísimo contempló a su harapiento salvador y a su destartalada habitación.

—¿Por qué ha escogido tan misericordiosamente a un desdichado mendigo? Tan pobre soy que ni siquiera podré compensar tu noble gesto.

—Al punto me enteré de eso —alegó el estudiante, mas me sentí atraído por tu fino e inteligente rostro, y aún más ahora que hablas. Ayudémonos mutuamente. Confía en mí: sé lo que es el mundo, porque todo lo he invertido en adquirir sabiduría.

Para adelantar a dos amigos más vale un corazón leal e intrépido que la riqueza.

Tu amistad me compensará el servicio prestado.

Si el mancebo tan aficionado al saber y a la bondad, hubiera sabido que conversaba con el Califa incomparable, no habría podido expresarse más a propósito para ganarse la simpatía de este poderoso príncipe. Harún, como dotado de elevado entendimiento, aspiraba sobremanera a saberse querido por sí mismo, y desinteresadamente. Conmovido le respondió:

—¿Quieres prometerme que nos socorreremos mutuamente en la necesidad?

—Tú no podrás realizar mi aspiración, — adujo Abul — quisiera cuidar de la biblioteca del Califa.

Harún no pudo reprimir una sonrisa casi irónica al constatar cuán modesta era la ambición del agraciado adolescente. ¿Qué cosa podría negarle, si se la pidiera Abul, a trueque de haberle salvado la vida? Fácil le sería cumplir su parte en el trato, pero ¿qué podría hacer en cambio por él, Abul? Para probar aún más al novel amigo, Harún agregó:

—En nada podré ayudarte. ¡Ah, sí! Creo que por medio de un amanuense de nuestro poderoso Califa, que el muy altísimo Alah guarde por muchos años, podré hacerte conocer su biblioteca. Sabedor del comportamiento, procurará seas invitado a palacio. Frente al soberano te arrojarás a sus plantas y le pedirás un destino.

Se rió el joven de tan peregrina ocurrencia, en tanto Harún despidióse de su amigo.

Algunas horas más tarde, cuando declinaba perezosamente la luz solar, regresó de muy buen talante el supuesto mendigo.

—¡Oh, tarde dichosa y bienvenida! — exclamó jubiloso. — Encanto tiene la paciencia, cuando es generoso el hombre que la practica, como dijera Scherazada. Ha ocurrido lo imprevisto. Al referirle a mi primo tu conducta y tu desinterés, se la contó en seguida al Califa, y éste ordena que cenes en su sacra compañía.

—¿Y cómo es ello posible ataviado con harapos?

—No te preocupes — replicó Harún. — Apareceremos lo que somos: unos necesitados. Los pudientes no se preocuparán de nosotros.

Y, sin articular otra sílaba, Harún se encaminó a palacio con su amigo. De pronto desapareció aquél. Abul fué conducido a la sala del banquete y se colocó entre los huéspedes humildes. Un heraldo anunció la llegada del Califa, el cual no tardó en presentarse todo enjoyado. Recorrió con la mirada la amplísima sala, y enfrentándose con Abul, díjole al Gran Visir como enfadado:

—¿Quién es ese mozo tan mal trajeado?

Aquel no supo qué contestar a su augusto amo, porque Abul le era cabalmente desconocido. Vacilaba en hacer arrestar al intruso, cuando el Califa se echó a reír y mandó sentar a su lado al desconocido.

—Enterado de la vida que salvaste, ¿desearías otro cargo que el de bibliotecario? — exclamó Harún. Y por toda respuesta oyó:

—Recabo tan sólo de vuestra Serenidad, el cumplimiento de lo pactado. En el tranquilo remanso de los pergaminos, soy felicísimo. Le juro ayudarle en un todo.

Tendidos los huéspedes sobre los divanes, comenzó la cena. Durante su desarrollo, Abul incurrió en una falta aparente de etiqueta que molestó grandemente al Califa. Abul cambió su pocillo de café por el de su señor. A pesar de su enojo, reprimió este último su ira porque el hecho había pasado desapercibido, y no quiso abochornar a su amigo en público.

No pudiendo el Comendador de los Fieles olvidar lo acaecido la noche anterior, fué en busca de su protegido. Le halló en el acto de examinar un can que acababa de expirar.

—¿Cómo te atreves a traer a este recinto un animal impuro — interpuso Harún, ciego de ira. — Asimismo, ¿por qué trocaste anoche los pocillos?

—Estoy cumpliendo en un todo con el pacto — replicó Abul sin inmutarse. — Yo no bebí tu café, pero este can lo ha hecho. Obsérvalo.

—¡Envenenado! — aulló el Califa. — ¿Sabes tú quién puso el tóxico?

De las indagaciones resultó culpable el emir sentado a la diestra de Harún. Había sido aquél derrotado por los ejércitos del Califa y, fingiendo sumisión, bajó a la corte para ultimar a su jefe supremo.

Días más tarde, cuando fué conjurada la conspiración, volvió Harún a platicar con el fiel Abul:

—Razón tuviste, caro amigo, cuando abandonado de todos me llevaste a tu casa y me dijiste que había de esperarse más de un corazón leal y sincero, no obstante su pobreza, que de un amigo en la opulencia. Jamás podré compensarte en la medida de tus merecimientos, porque tus anhelos son harto fáciles de satisfacer, pero te afirmo desde lo más hondo de mi corazón, que mientras viva yo te querré con el mismo afecto desinteresado que me profesaste cuando me encontraste en tu camino.

Al hallar a tu paso a un extraño, nunca seas el primero en rechazar su deferente saludo o su insinuación de la amistad, porque muy bien puede resultar un enviado del destino para cambiar favorablemente el curso de tus días.





Atroz Matanza

POR

Carlos Pérez Ruiz

Ilustración de Guevara

JUAN Bautista Troppmann, natural de Cernay (Alsacia) nació en 1849 y fué ejecutado en París el 19 de enero de 1870. Puede decirse de su corta existencia, que fué la de un inventor fracasado. El mecanismo de crimen que concibió y realizó no llegó a funcionar de la manera prevista y este error le costó la cabeza.

Su padre, José Troppmann, mecánico, entre otros aportes a la entonces naciente industria, perfeccionó algunos implementos para máquinas de tejer que no llegaron a proporcionarle la riqueza que ambicionaba. Carecía del sentido práctico necesario para triunfar en el mundo de los negocios.

Su madre, era lo suficientemente inteligente como para comprender la importancia de los inventos de su marido, pero no para alcanzar las razones de sus constantes fracasos. Tanto el padre como la madre estaban envenenados por un profundo odio y un sentimiento de amargo reproche a la sociedad, causante según ellos, de sus reiterados derrumbes económicos. Día a día se levantaba ante ellos la inseguridad de poder satisfacer sus necesidades más elementales, pues la miseria los asediaba con intensa saña.

En ese ambiente se desarrolló la niñez de Juan Bautista y su carácter se modeló en las ambiciones y odios de sus progenitores. Se alimentó con las amarguras y encono maternos y su organismo débil sufrió con intensidad las privaciones físicas y aunque dotado de una fuerte sed de conocimientos, fué empírico en sus ensayos y estudios, pues carecía de una base sólida para su ambicionada carrera científica.

De todo este cuadro familiar, un imperativo se levantaba imponente ante él: Ser rico. La solución lógica, dado el ambiente en que se desarrolló, no podía ser sino ésta: Ser inventivo.

A los catorce años se vió obligado a abandonar la escuela y entró a trabajar en el taller paterno. En las horas de descanso se encerraba en su cuarto rodeado de frascos, probetas y retortas y algunas pequeñas porciones de sales y ácidos, pretendiendo así introducirse en el terreno de la química. El odio hereditario a sus semejantes lo impulsó a encauzar sus ensayos, no en busca de preparaciones que fueran benéficas a la humanidad, sino que lo llevó a hacer incursiones por el país fascinador de los tóxicos.

Alternaba sus experimentos con lecturas románticas, pero su temperamento unilateral que lo llevaba a no amar sino a una persona, desear sólo una cosa y ver sólo desde un punto de vista, le hizo admirar un solo libro cuya lectura lo deleitaba hasta la fruición: "El Judío Errante", de Eugenio Sue. Nunca la subjetividad del primer amor literario ha alcanzado el grado de desarrollo que alcanzó en Troppmann hacia su único libro.

En uno de los pocos momentos de prosperidad industrial, su padre lo envió a París para que hiciera entrega de una máquina que debía instalarse en una fábrica establecida en Pantin, en los suburbios de la capital. Después de permanecer allí corto tiempo, se trasladó a Roubaix con encargo de instalar otra máquina similar.

En esta ciudad trabó amistad con varios vecinos, cosa insólita en él, dado su carácter retraído, entre otros con un tal Juan Kinck, alsaciano como él, y modelo de lo que el padre de Troppmann hubiera ambicionado. De origen humilde, había llegado a Roubaix hacía unos treinta años, como obrero, consiguiendo gracias a un profundo sentido de los negocios, ser dueño de una fábrica y la propiedad de tres casas y otros bienes avaluados en unos 100.000 francos.

Su esposa, Hortensia Julieta, era de distinto temperamento y origen que Kinck. Seis hijos tenía el matrimonio cuyas edades estaban comprendidas entre los quince y los dos años.

No obstante que Kinck llevaba a su amigo unos 22 años, la amistad creció entre ellos en forma sincera en cuanto al primero y habilmente simulada por parte de Juan Bautista.

La señora Kinck no veía con agrado la influencia que éste ejercía sobre su esposo, que se había tornado haragán, descuidado en sus negocios y demasiado alegre en sus costumbres. "Troppmann me hará millonario un día", solía exclamar alegremente el marido.

Para Juan Bautista, Kinck sólo representaba una cifra: 100.000 francos. Apropiarse de esa suma para su solo provecho fué en lo sucesivo la única finalidad de su vida, estableciendo un paralelo entre los Kinck y la familia Rennefont de "El Judío Errante". A partir de ese momento, el futuro de la familia estaba decidido, sólo había que trazar el plan general y los detalles, y esta constante cavilación lo llevó al borde de la melancolía.

En la elección y trazado del proyecto, se puso de manifiesto su imaginación creadora, sus condiciones de inventor fueron puestas a prueba y al fin concibió, hasta en sus menores detalles, el funcionamiento de todo ese mecanismo que había de convertir, por medio de sangrienta alquimia, a toda una familia en 100.000 francos y para él solo.

Inmediatamente y sin ninguna vacilación, comenzó a preparar a Kinck para la muerte. Convenció a su amigo de la facilidad de realizar una hábil falsificación de moneda, para lo que sería conveniente realizar los trabajos en una región solitaria de Alsacia. Después le hizo creer que una banda de falsificadores que había realizado buenos negocios, pensaba retirarse y que toda la planta de la instalación pasaría a su poder mediante la entrega de 5.000 francos.

Misteriosamente para su familia y amistades, Kinck organizó el viaje. Preparó dos maletas, llevó consigo una pequeña suma de dinero, dos cheques en blanco de la Caja Comercial de Roubaix y una sobrera.

ESTA nota se relaciona con la novelesca existencia del asesino Troppmann, uno de los más feroces que recuerda la historia del crimen.

Troppmann partió primero a fin — decía — de preparar el negocio con la banda.

En la fecha convenida se encontraron en la pequeña estación ferroviaria de Bollwiller, cercana a Guebwiller, la ciudad natal de Kinck. Después de pasear un rato, comieron en la taberna de Mme. Laevert, saliendo juntos en dirección a Cernay por un camino cercano a un viejo castillo abandonado, llevando Troppmann en el bolsillo una botella de vino y una solución de ácido prúsico.

Nadie volvió a ver a Kinck. Troppmann llegó a su pueblo esa misma noche y empezó a ejecutar su plan.

Escribió una misiva a la esposa de su víctima, adjuntándole uno de los cheques, llenado por 5.500 francos y la firma regularmente falsificada. Decíale que como Kinck se había lastimado la mano, él le escribía bajo su dictado; que los negocios iban bien y le daba instrucciones de que una vez cobrado el cheque le enviara el dinero a la oficina de correo de Guebyiller. Así lo hizo la señora puntualmente.

En la citada oficina de correo le sucedió lo que a muchos inventores, la falla de un cilindro o una válvula que no funcionaba bien; el jefe no quería entregar el paquete lacrado sino a Juan Kinck o a alguna persona autorizada.

Dos días después, Troppmann volvió con una autorización "firmada" por Kinck a nombre de "su hijo Juan". Pero la máquina creada por el asesino vino a chocar con otra más poderosa y complicada: la administración francesa. La autorización no era suficiente, faltaba la autenticación de la firma por escribano público. Por fin el jefe consintió en entregar el paquete si algún miembro de la familia del destinatario certificaba la identidad.

De pronto saltó otra rueda del mecanismo. Una prima de la señora Kinck, accidentalmente presente, oyó la discusión y afirmó "a quien quisiera oirla", que ninguno de los hijos de su pariente se llamaba Juan. Contestóle, todo azorado Troppmann, que su nombre en realidad era Juan Emilio, a lo que la vecina vaciló. Efectivamente, había oído el nombre de Emilio en la familia. A pesar de todo, el jefe no entregó la encomienda.

Vuelto de nuevo a su pueblo, anunció a su familia que debía partir para París con toda urgencia. Tomó el tren, descendiendo en Lille, desde donde escribió nuevamente a la esposa de su víctima, alegando una vez más la herida de la mano — pidiéndole que Gustavo, el hijo mayor se trasladase a Guebwiller, retirase el paquete y se lo llevara a París adonde los negocios lo habían llevado impensadamente y sin tiempo para retirar la encomienda.

Enviada la carta, se dirigió hacia París, alquiló una habitación en el hotel del Ferrocarril, frente a la estación del Norte, a nombre de Juan Kinck y se puso a esperar con las ansias del inventor que desea comprobar el funcionamiento del mecanismo después de un pequeño percance.

Gustavo Kinck llegó a Guebwiller sin la autorización necesaria y la madre, al mandársela, dirigió la carta a Casilla de Correos, de donde el muchacho no pudo retirarla por no ser conocido del jefe. Otra rueda saltaba en el mecanismo.

Entonces comenzó un entrecruzamiento de cartas, telegramas, contestaciones y nuevos telegramas entre la señora de Kinck, Gustavo y Troppmann. La máquina funcionaba mal y producía demasiado ruido.

Dispuesto a terminar con la interrupción el inventor llamó a Gustavo a París, a quien esperó en la estación, diciéndole que había ido a recibirlo solo, pues su padre estaba demasiado atareado. Ordenó al muchacho que enviara un telegrama a su madre, diciéndole que acababa de llegar a París y que toda la familia debía trasladarse a la capital "llevando todos los papeles".

A partir de ese momento, sobraba una pieza en el mecanismo, y su inventor decidió arrancarla. Gustavo desapareció como había desaparecido su padre.

Recibido el telegrama, la señora Kinck preparó los equipajes, ordenó y empaquetó toda la documentación de ella, su esposo y sus hijos y se apresuró a partir.

Entre tanto, Troppmann adquiría las herramientas: palas, picos, etc. El día fijado para la llegada de la familia, tuvo la sorpresa al llegar al hotel, de que los Kinck lo estaban esperando, pues en su apresuramiento habían tomado un tren anterior al convenido.

Decididamente el mecanismo no andaba.

Troppmann les explicó que Juan y Gustavo Kinck se habían tenido que ausentar urgentemente a Pantin, adonde todos debían trasladarse. Tomaron un carruaje y a las 10,50 de la noche partieron todos para juntarse con el jefe de la familia.

Llegados a un punto descampado, hizo parar el coche y descendieron él, la señora Kinck y la pequeña Hortensia, quedando los demás chicos en el coche.

A los 20 minutos exactamente, regresó Troppmann a recogerlos "para llevarlos adonde estaban sus padres", pagó al cochero y se perdieron en la noche. El trabajo quedó así terminado. La familia Kinck se había convertido en oro. Troppmann era ahora Juan Kinck (tenía sus papeles) sacaría su pasaporte y se embarcaría para América.

A la mañana siguiente recogió los objetos, efectos y documentos de la familia asesinada y tomó el tren para El Havre, dispuesto a embarcarse. Pero el mecanismo que creyó terminado, de pronto formó circuito.

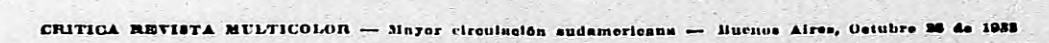
Un labrador encontró en el bosque los cadáveres semi enterrados de sus víctimas, movilizóse la policía, identificáronse los despojos y recayeron las sospechas sobre Juan Kinck, tornándose por tanto peligrosos los documentos de éste en los que Troppmann tanto confiara. Estaba, pues, acorralado en la ratonera.

Febril y [illegible] accidentalmente detenido por un gendarme, a quien se hizo sospechoso por sus maneras, pero que estaba lejos de imaginar que había pescado un pez gordo. Invitado a acompañarlo a la comisaría, [illegible] en que pasaban [illegible] intentó escaparse [illegible] al agua de donde fué extraído y llevado ante las autoridades.

La noticia de que "Kinck" había sido capturado, corrió rápidamente causando profunda sensación, pero finalmente pudo establecerse la verdadera identidad del detenido, a quien se le encontraron elementos de prueba suficientes como para ordenarse su ejecución.

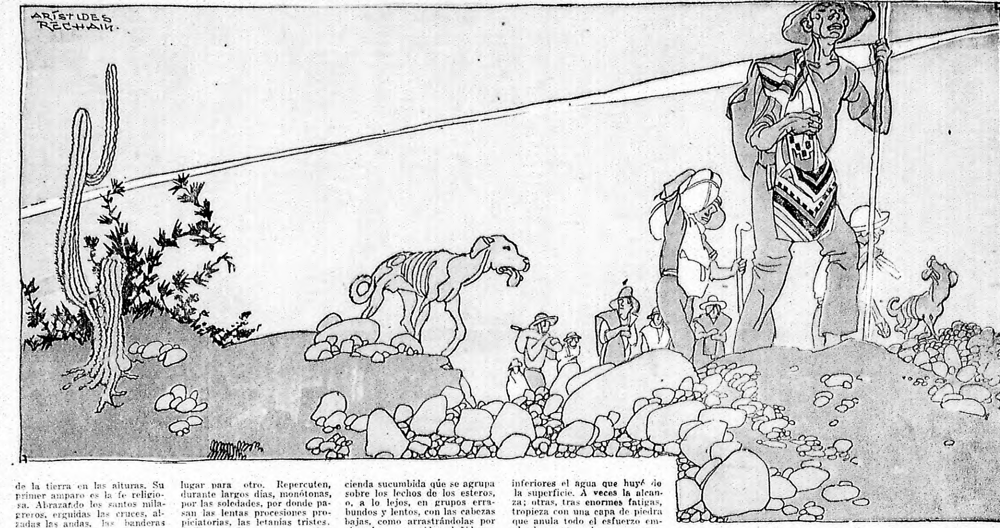
Al ser transportado a la guillotina, luchó ferozmente con los que lo conducían, pero al ver la siniestra figura de un personaje forrado de negra levita, que lo aguardaba en el cadalso, sufrió un desvanecimiento, lo que simplificó mucho la tarea de los encargados de colocar su pescuezo bajo la cuchilla.





La Fiebre Pavorosa de la Tierra

por Euclides da Cunha
ILUSTRACION DE RECHAIN



La seca se aproxima. El sertanero la adivina y la prefija, gracias al ritmo singular con que el flagelo se desencadena.

No huye, sin embargo, abandonando de pronto la tierra, poco a poco, invadida por un limbo candente que irradia desde Ceará.

Buckle, en página notable, señala la anomalía de la inadaptación del hombre a las calamidades naturales que lo cercan. Ningún pueblo tiene más pavor a los terremotos que el peruano, y en el Perú los niños, al nacer, tienen sus cunas mecidas por las vibraciones de la tierra.

Nuestro sertanero, sin embargo, es una excepción a la regla. La seca no lo asusta. Es un complemento de su vida tormentosa, encuadrada en escenarios tremendos. La afronta estoicamente. Malgrado las dolorosas tradiciones que conoce a través de un sinnúmero de episodios terribles, alimenta a todo trance la esperanza de una resistencia imposible.

Con los exiguos recursos de sus propias observaciones y de las de sus mayores, en las que enseñanzas prácticas se mezclan a extravagantes supersticiones, procuro estudiar el mal, para conocerle, soportarle y combatirle. Se apresta con singular serenidad a la lucha. Dos o tres meses antes del solsticio de verano, apuntala y refuerza los muros de las represas, o limpia las cacimbas. Roza y rotura las estrechas fajas de suelo arable al margen de los riachos. Está preparado para las plantaciones ligeras a la llegada de las primeras lluvias.

Procura luego desvendar el futuro. Vuelve la mirada hacia las alturas; observa detenidamente hacia los cuadrantes; escruta los trazos más fugitivos de los paisajes...

Los síntomas del flagelo se le aparecen, entonces, encadenados, en serie, sucediéndose inflexibles, convertidos en señales conmemorativas de un mal cíclico: la fiebre pavorosa de la Tierra. Se suceden, rápidas, las lluvias cenitales, en octubre, en lloviznas fugazmente disueltas en los aires escaldados, sin dejar rastros; y pintan las caatingas, aquí y allí, por todas partes, motas pardas de árboles marchitos, cada vez más numerosos y mayores, fingiendo ceniceros de una combustión sofocada sin llamas; y se agrieta el suelo; y desciende lentamente el nivel de las cacimbas... Del mismo modo, nota que los días, enardeciendo apenas alborea, trascurren abrasadores, a medida que las noches se tornan sucesivamente más frías. La atmósfera le absorbe, con avidez de esponja, el sudor de la frente, mientras la armadura de cuero, ya sin la flexibilidad primitiva, se le endurece en los hombros, reseca, rígida, convertida en una coraza de bronce. Y al caer de las tardes, cada vez más fugaces, sin crepúsculos, contempla entristecido, en los aires, en bandadas, las primeras aves emigradoras, tendiendo el vuelo hacia otros climas...

Es el preludio de su desgracia. La ve acentuarse en un crescendo hasta diciembre.

Se previene: pasa revista, aprensivo, a las majadas. Recorre los extensos campos de pastoreo. Busca entre las altillanuras que se esterilizan, campiñas más benignas hacia donde arrear la hacienda. Y espera, resignado, el día 13 de aquel mes. Porque en tal fecha, una costumbre abolenga le faculta para sondar el futuro, interrogando a la Providencia.

Es la tradicional experiencia de Santa Lucía. El día 12, al anochecer, expone al relente, alineados, seis granitos de sal, que representan, en orden sucesivo, de izquierda a derecha, los seis meses venideros de enero a junio. Al amanecer el 13, las observa: si están intactas, presagian la seca; si la primera apenas se diluyó, trasformada en gota cristalina, es segura la lluvia en enero; si la segunda, en febrero; si la mayoría, o todas, es inevitable el invierno bienhechor.

Esta experiencia es bellísima. Porque, pese al estigma supersticioso, tiene base positiva y es aceptable, desde que se considere que de ella se recoge el mayor o menor dosaje de vapor de agua en los aires y, deductivamente, mayores o menores probabilidades de depresiones barométricas, capaces de atraer la afluencia de las lluvias.

Mientras tanto, aun cuando tradicional, esta prueba deja indeciso aún al sartenero. Aguarda, resignado, el equinoccio de la primavera, para una decisiva consulta a los elementos. Se pasa tres largos meses en ansiosa expectativa, y el día de San José, el 19 de marzo, procura un nuevo augurio, el último. Aquel día es para él, el índice de los meses subsiguientes. Retrátale, reunidas y abreviadas en doce horas, todas las alternativas climatéricas venideras. Si llueve durante él, el invierno será lluvioso; si, por el contrario, el sol cruza, abrasador, el firmamento claro, ruedan por tierra todas sus esperanzas.

La seca es inevitable.

Es, entonces, cuando se trasfigura. Ya no es el indolente incorregible o el impulsivo violento lanzado en la carrera a través de las picadas. Excede su situación rudimentaria. Resignado y tenaz, con la implacabilidad de los fuertes, encara de hito en hito la fatalidad irrefrenable, y resiste. El heroísmo tiene, en los sertones, ignorados por completo, tragedias espantosas. Imposible revivirlas o episodiarlas. Surgen de una lucha que nadie describe: la rebelión de la tierra en las alturas. Su primer amparo es la fe religiosa. Abrazando los santos milagreros, erguidas las cruces, alzadas las andas, las banderas del Divino flameando al viento, allá van, a través de los descampados, familias enteras; no ya los fuertes y sanos, sino que también los viejos decrépitos y los enfermos claudicantes, cargando sobre los hombros y la cabeza, las piedras de los caminos, mudando los santos de un lugar para otro. Repercuten, durante largos días, monótonas, por las soledades, por donde pasan las lentas procesiones propiciatorias, las letanías tristes. Brillan, noches enteras, sobre las chapadas, deambulantes, las velas de los penitentes... Pero los cielos persisten siniestramente claros, el sol fulmina la tierra, progresa el espasmo aterrador de la seca. El sertanero contempla la prole espantada; contempla entristecido la hacienda sucumbida que se agrupa sobre los lechos de los esteros, o, a lo lejos, en grupos errabundos y lentos, con las cabezas bajas, como arrastrándolas por el suelo con mugidos plañideros, "olfateando el agua", y sin que la fe le desmaye, sin dudar de la Providencia que lo aniquila, murmurando a las mismas horas las oraciones de costumbre, se apresta al sacrificio. Arremete, azada y pico en mano, la tierra, buscando en los estratos inferiores el agua que huyó de la superficie. A veces la alcanza; otras, tras enormes fatigas, tropieza con una capa de piedra que anula todo el esfuerzo empleado; y otras, lo que a menudo acontece, después de descubrir una ténue sábana líquida subterránea, la ve desaparecer uno o dos días después, evaporada o succionada por el suelo. Le sigue tenazmente, profundizando la mina, a caza del tesoro fugitivo. Vuelve, al fin, exhausto, al borde de la fosa que abriera, como un desenterrado. Pero como su rara frugalidad le permite pasar los días con algunos puñados de passoca, no le flaquea así nomás el ánimo.

Allí está, a su alrededor, la caatinga, su agreste granero. Le escudriña. Corta en pedazos los higos chumbos que lo aplacan o las ramas verdosas de los joazeiros que alimentan las magras reses famélicas; derriba los brotos de los ouricurys y los ralla, los amasa, los cuece, componiendo un pan siniestro, el "bró", que hincha los vientres en un hartazgo ilusorio, ahitando al hambriento; llena las vasijas de coquillos, arranca las raíces túmidas de los umbuzeiros, que mitigan la sed de los hijos, reservando para sí el zumo astringente de los cladodios del chique-chique, que enronquece o extingue la voz de quien los bebe y se excede en faenas, apelando, infatigable, a todos los recursos, fuerte y cariñoso, defendiéndose y extendiendo a la prole abatida, y a los rebaños confinados, su energía sobrehumana.

Báldansele, sin embargo, los esfuerzos.

La naturaleza no lo combate tan sólo con el desierto. Puéblala, contrastando con la fuga de las seriemas, que emigran hacia otras altiplanicies, y de las cotorras, que huyen hacia el litoral remoto, una fauna cruel. Miríadas de murciélagos agravan la seca, abatiéndose sobre el ganado, diezmándolo. Sonajean las cascabeles, innúmeras, tanto más numerosas cuanto más ardiente el estío, entre las maciegas encenagadas.

Por la noche, el jaguar traicionero y ladrón, que le roba los terneros y los becerros, viene a rondar su mísera ranchada.

Es un enemigo más que tiene que vencer.

Le ahuyenta y espanta, precipitándose con un tizón encendido en el patio desierto. Y si no retrocede, lo acomete. Pero no a tiro, porque sabe que desviada la mira, o poco eficaz el plomo, la fiera, "cayendo sobre la humaza", es invencible.

El pugilato es más conmovedor. El atleta debilitado, teniendo en la mano izquierda la horquilla y en la derecha el cuchillo, irrita y desafía a la fiera, provócale el bote y lo para en el aire, traspasándole de un golpe.

No siempre, sin embargo, puede aventurarse a hazaña tan temeraria. Una enfermedad extravagante completa su desdicha: la hemerolopía. Esta ceguera es paradojalmente producida por las reacciones de la luz; nace de los días claros y ardientes, de los firmamentos fulgurantes, del vivo ondular de los aires abrasados sobre la tierra desnuda. Es una plétora de la mirada. Apenas el sol se oculta en el poniente la víctima nada ve ya. Está ciega. La noche lo ahoga de súbito, antes de envolver la tierra. Y a la mañana siguiente la vista extinta revívele, encendiéndose con el primer lampo de levante, para apagarse de nuevo, a la tarde, con dolorosa intermitencia.

Con ella revive su energía. No se considera vencido todavía. Le restan para calmar y sustentar los hijos, los tallos tiernos, los mangarás de las bromelias salvajes. Los engaña con esos manjares bárbaros.

Sigue, a pie, ahora, porque se le destroza el corazón sólo de ver el caballo, los potreros. Contempla allí la ruina de la "fazenda": toros espectrales, vivos no se sabe cómo, apoyados a los árboles muertos, levantando apenas el esqueleto esmirriado sobre las patas secas, caminando lentamente, tambaleantes; toros muertos ha días e intactos, que los mismos urubus rechazan porque no consiguen desgarrar a picotazos, sus pieles torradas; toros tristones, en redor del abra, de suelo aterronado en donde fuera la aguada predilecta y, lo que más le apena, los que no del todo exhaustos aún lo buscan y lo circundan, confiados, mugiendo en largo reclamo triste que más parece un lloro.

Y ni una tuna abulta más en derredor: fueron rumiadas las últimas ramas verdes de los joás...

A su lado, sin embargo, se enmarañan impenetrables hileras de macambiras. Es todavía un recurso. Los incendia, golpeando el yesquero en las encendajas de las hojas resecas para, en rápida combustión, despojarlas de sus espinas. Y cuando los rollos de humo se ovillan y se diluyen en el aire purísimo, se ven, corriendo de todos lados, en tardo tropel de estropeados, las magras reses famélicas, en busca del último alimento...

Por fin, todo se agota, y la situación no se modifica. No hay probabilidades, siquiera, de lluvias. La corteza de los maryseiros no exuda, prenunciándolas. El noroeste persiste intenso, rodante, por las altiplanicies, zumbando en prolongados aullidos entre el ramaje estrepitante de las caatingas, y el sol arrastra, reverberando en el firmamento claro, los incendios inextinguibles de la canícula. El sertanero, dominado por los reveses, se doblega, al fin.

Pasa, cierto día, por delante de su rancho, la primera cuadrilla de "retirantes". Véla, asombrado, cruzar el patio, miseranda, desapareciendo adelante, en medio de una nube de polvo, en la curva del camino... Al día siguiente, otra. Y otras. Es el sertón que se vacía.

Ya no resiste. Se une a uno de esos grupos que allá van, chapada afuera, marginando de osamentas los caminos, y allá va también él, en el éxodo penosísimo hacia la costa, hacia las sierras distantes, hacia cualquier lugar en donde no lo mate el elemento primordial de la vida.

Alcánzalo. Se salva.

Trascurren los meses. Termina el flagelo. Hélo de vuelta. Le vence la añoranza del sertón. Reemigra. Y regresa feliz, retemplado, olvidado de infortunios, buscando las mismas horas pasajeras de la ventura perdidiza e inestable, los mismos días largos de trances y privaciones prolongadas.

Desnuda entre Serpientes

La persona más interesante que haya encontrado durante mis muchas y largas correrías a través de todo el Continente Negro, es una mujer que vive en las montañas al norte de Zululandia, compartiendo su choza con una serpiente de siete metros de largo. El modo de vivir de esa mujer, una hechicera, y sus dones extraordinarios de curandera y vidente, hacen de ella un calco exacto de la imagen que nos formamos de las pitonisas de la vieja Grecia.

Encontré a Tuadekili, por primera vez, hace varios años, cuando en las montañas de Enyati me documentaba acerca de las brujerías indígenas. Nuestras relaciones se hicieron más frecuentes y ganamos mutuamente mayor confianza a medida que repetía mis visitas a Zululandia, de suerte que por último constituía la nuestra una sólida amistad, mezclada, de parte mía, con verdadero respeto y una intensa curiosidad por todo lo que se relacionaba con el culto de esa extraordinaria mujer.

Llegan al "kraal" aislado que habita Tuadekili hombres y mujeres procedentes de todas partes del país de los Zulús para buscar la salud y la paz que han perdido o que se les ha turbado. Los enfermos, los ansiosos de escrutar el porvenir y los enamorados preocupados no temen los inconvenientes de largos e incómodos viajes para llegar hasta la pitonisa, porque saben que ésta es capaz de redimirlos de cuerpo y alma. Y todos vuelven del "kraal" solitario curados y aliviados.

Alta, impresionante, con los cabellos que en innumerables trenzas penden sobre su rostro y con la mirada, la mirada de esos ojos de forma de avellana, fija en un mundo invisible, Tuadekili invoca a Umkulum Kulu, el dios supremo, y al instante es presa de un ataque cataléptico. Busca la inspiración haciendo un llamado a las falanges de leopardo que siempre lleva consigo en un saquito. Si el paciente se halla bajo la influencia de una pesadilla que le hace temer una desgracia inminente, la hechicera le da buenos consejos y lo despide dejándolo animado y confiado, regalándole acaso una pluma mágica para que la coloque en su cabellera o un pedazo de cuerno o cualquier otro objeto dotado de un extraordinario poder de protección contra futuros peligros.

En los casos más serios, invoca el espíritu del "anciano dos veces sabio" cuyo cuerpo ha sido enterrado, muchos años atrás, en el centro de la misma choza. Sólo en casos de extrema gravedad, la hechicera se sirve de los magníficos poderes de la serpiente que vive con ella. Esta posee el saber de los siglos de los siglos, y cuando Tuadekili precisa de su inspiración, sale del rincón en que comúnmente permanece, se endereza y se levanta frente a la mujer, cruza su mirada con la de ella y le comunica en esa forma la inspiración adecuada, la sugestión propicia. Acto seguido, la pitonisa manifiesta su profecía o ejerce sus poderes a fin de sanar a un enfermo. A veces la curación se opera en el transcurso de unos minutos, otras veces requiere algunas horas, días y aun semanas de permanencia en el "kraal" y en una choza especialmente preparada. Si bien son distintos los procedimientos y es variada la duración de las curas, el resultado es siempre el mismo. Los que han llegado enfermos abandonan el "kraal" completamente restablecidos. Tuadekili levanta la mano hacia el cielo y da las gracias a Umkulum Kulu que, por su intermedio, acaba de realizar una nueva curación.

Tuadekili contestaba todas mis preguntas con un sencillo "Umkulum Kulu" y, levantando la vista hacia el cielo, evitaba cuidadosamente toda explicación más concreta. Pero cierto día descubrí la presencia de una muchacha joven en el "kraal", y no fué pequeña mi sorpresa cuando me dí cuenta de que llevaba el peinado de pitonisa.

Cierta vez observé en un "kraal" a un brujo que ejecutaba una danza mágica alrededor de un cercado con el propósito de sanar algunos animales atacados de una enfermedad grave.

Pese a su edad muy avanzada, aquel mago era un ejemplar de zulú verdaderamente magnífico, bien plantado y derecho como una estatua. Llevaba en la cabeza una piel de hiena y su pecho estaba adornado con un tahalí de piel de serpiente, unos cuernos y bolsitas llenas de raros medicamentos y polvos. Sentí inmediatamente cierta simpatía por el viejo, que aumentó todavía cuando supe que era el progenitor de Ramini, la única discípula que Tuadekili jamás haya admitido. Poco a poco, con ayuda de algunos regalitos y apreciaciones gratas al orgullo del padre, arranqué al anciano detalles que, juntamente con las revelaciones que me había hecho Tuadekili, me permitían reconstruir paso por paso la vida de Ramini.

Veintitrés años atrás, siguiendo a una inspiración del "anciano dos veces sabio", Tuadekili se dirigió en el día en que nació la niña a la choza de la futura madre, que era a la sazón la más joven y más hermosa de las esposas del hechicero. Su llegada bastaba para poner término a los lamentos de las mujeres que siempre están llorando frente a la choza de una mujer en trance de ser madre, con el propósito de evitar que los malos espíritus oigan los gritos de la madre. Poco a poco, todo el mundo se fué retirando del "kraal" y por fin quedaron la hechicera y la futura madre a solas. Poco rato después se supo que había nacido una niña y, efectivamente, abandonó la pitonisa momentos después la choza, presentando al padre un pedacito negro de humanidad, diciéndole solemnemente: —Umkulum Kulu bautiza a ésta tu hija con el nombre de Ramini. Será una gran pitonisa. Edúcala con cuidado. A la hora predestinada vendré a buscarla.

Y en seguida se retiró acompañada por un coro de salutaciones y de protestas de agradecimiento. Y al mismo tiempo tuvo lugar un hecho insólito: Ramini sonreía en los brazos de su padre.

La niña creció y se desarrolló sana, vigorosa, inteligente y dulce, protegida por un collar encantado de cuentas rojas y negras que Tuadekili le había colocado, en la hora de su nacimiento, alrededor del cuello. Toda la tribu la consideraba como una princesa, le guardaba los mejores bocados, las piezas de género más apreciado y las esteras de dormir más vaporosas y blandas. Cuando tenía nueve años, su padre empezó a hacerle largas explicaciones, como no las hubiera dado ni siquiera en honor de una mujer adulta; le enseñó todo cuanto sabía, sin exceptuar los viejos secretos de su profunda sapiencia. Ramini escuchaba y comprendía todo, demostrando una seriedad y una inteligencia muy superiores a su edad. Cuando cumplió doce años, fué a buscarla Tuadekili por orden del espíritu del "anciano dos veces sabio" y la colocó públicamente bajo un nuevo encanto. Los habitantes del "kraal" fueron a despedirse de la muchachita llorando, arrancándose mechones de cabello y con los rostros pintados de ocre en señal de duelo. No debían volver a verla ya hasta el día en que Ramini, consagrada por una serpiente, sería consultada por la gente en su nueva dignidad de pitonisa.

Los años pasaron para Ramini solitarios, pero llenos de secretas instrucciones. Durante horas y más horas, las dos mujeres se encerraron con la serpiente en la choza, dedicadas a extrañas ceremonias y preparando nuevas fórmulas. Se acercaba la hora en que Ramini llegaría a la cúspide de su arte y recibiría de Umkulum Kulu, su consejero, la serpiente. Empezaría entonces a ejercer sus poderes bajo la protección espiritual de Tuadekili, que al principio le pasaría los casos más sencillos. Se quedaría con la mitad de los regalos y cedería la otra mitad a su educadora, a la que serviría de asistente hasta el día en que la muerte las separara. Entonces, sólo entonces, Ramini llegaría a ser maestra de su arte, porque pasaría a ella la ciencia suprema de la pitonisa que expiraría y se reunirían en su derredor los espíritus del "anciano dos veces sabio" y de la serpiente de Tuadekili, que, como en todos esos casos, moriría al mismo tiempo que su maestra.

Movido por un extraño presentimiento, interrogué a Tuadekili cierto mediodía con mayor insistencia que de costumbre. Parecía estar profundamente pensativa durante unos instantes, pero luego me dijo con una fina sonrisa en sus ojos mongoles: —Cuando la luna esté llena, ella verá muchos acontecimientos sobre esta tierra. Otros ojos también pueden verlos si sus dueños son prudentes, están alerta y tienen paciencia.

Antes de que hubiera podido contestar, desapareció en su choza, donde la presencia de la serpiente era motivo suficiente para mantenerme alejado y quitarme las ganas de entrar. Pasaron seis días. La noche siguiente tendríamos luna llena. A la tarde ya me instalé junto a la entrada de mi tienda y hasta el alba no perdí de vista las chozas vecinas. Mas no vi nada; y el día siguiente lo pasé durmiendo. A la noche retomé mi puesto de observación. Me costó un enorme esfuerzo vencer el sueño. A medianoche me levanté y di unas vueltas alrededor de la tienda. De repente creí haber visto en el "kraal" una forma que se movía a la sombra de la choza. Luego apareció una figura de mujer que se adelantaba silenciosamente con los brazos rígidamente tendidos hacia adelante. Atravesó un calvero inundado de una luz argentina y me percaté entonces de que estaba completamente desnuda y que se movía con ese paso supraterrestre característico de los somnánbulos. Desapareció en un rincón sombreado, surgió de nuevo en una mancha iluminada para volver a hundirse inmediatamente en la oscuridad. Luego de haber llegado hasta el límite del "kraal", se encaminó rápida y decididamente hacia mí. Permanecí absolutamente inmóvil, mientras mi perro dió un lastimero aullido de terror, escondió su cola entre las patas y se escondió precipitadamente en mi tienda. La mujer pasó, sin embargo, a algunos metros de distancia sin dar la menor señal de haberme reconocido.

¡Ramini! Quise llamarla, pero una fuerza interior e invisible estrangulaba las palabras en mi garganta. La joven marchaba, silenciosa como una sombra, con el extraño movimiento de una estatua que se arrastrara sobre el suelo. ¿A dónde se dirigía, sola, misteriosamente, en esa noche traicionera que ninguna mujer indígena se hubiera atrevido a afrontar?

Tratando de no hacer el menor ruido, seguí detrás de la joven. Marché detrás de ella, a unos cien metros de distancia, durante cerca de veinte minutos, hasta que su sombra se perdió en medio de un matorral de árboles y arbustos; habíamos llegado a una reducida región siniestra temida por todo el mundo porque estaba infestada de serpientes de toda clase.

Me sentí estremecido por un escalofrío que me recorrió toda la espina dorsal, pensando en la joven desnuda e indefensa que se acababa de internar en ese infierno oscuro y peligroso. Nuevamente quise llamarla y despertarla de su estado sonámbulo en que la vi marcharse directamente hacia su perdición, pero otra vez las palabras murieron antes de franquear mis labios. De repente se elevó delante de la mujer la silueta de una enorme serpiente. Llegué a distinguir cómo su estúpida cabeza se balanceaba de mala gana a poca distancia de la joven. Sus ojos brillaban como dos piedras preciosas y reflejaban la luz de la luna.

Siguieron unos instantes de tensión nerviosa; luego la mujer exhaló un suspiro convulso, jiró sobre sus talones como un autómata y retomó el camino del "kraal", sin variar ni por un sólo instante la posición de los brazos rígidamente extendidos. Ahora pude ver también que tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija en lo invisible. Una vez más pasó a mi lado y yo me quedé como si hubiera echado raíces en el pedazo de suelo sobre el que estaba parado en ese instante, incapaz del menor movimiento. La serpiente seguía a la joven como un perrito faldero. Era un animal de seis metros de largo, por lo menos.

A poca distancia, seguí a ese grupo, admirando la más fantástica de las escenas imaginables. Bajo la claridad brillante de la luna, en el silencio y vacío de la noche africana, avanzaba la mujer mecánicamente, arrastrándose tras ella un largo cuerpo sinuoso cuyos reflejos vibraban y centelleaban. Yo mismo caminé como hechizado, incapaz de comprender o explicar lo que fuera y siguiendo las marcas que los anillos de la serpiente dejaba en el suelo reseco. Esos trazos prosaicos restituían a mi cerebro cierta noción y seguridad de la realidad. Aun cuando ya no recordaba la necesidad de evitar el menor ruido, ni la mujer ni la serpiente parecían percatarse de mi presencia. Por fin, Ramini llegó al "kraal", entró, se dirigió hacia la choza nueva y desapareció en su interior, seguida siempre por la serpiente. En el "kraal" no se percibía ni una voz, ni un movimiento. Volví a mi tienda, donde me esperaba mi perro, temblando y chumbando, aunque la noche fuese agradable. Pero cuando me vió, en vez de alegrarse y calmarse, huyó y, con un grito de terror, se escondió en un rincón de la tienda, hecho una lastimera imagen de la desesperación.

A la mañana siguiente, mi sirviente me despertó muy tarde y al servirme una taza de café, me trasmitió este comunicado: "Musungu, Tuadekili te hace saber que el que es listo y alerta también es discreto y prudente".

por
ATILIO GATTI
ILUSTRACION DE GUIDA

EL DETECTIVE MAGNIFICO ★ por Víctor Juan Guillot

Ilustraciones de Parpagnoli

LLAMABASE Joseph Algernon Meeks y en los primeros tiempos de su carrera se le daba jovialmente el nobre de Jam. Por supuesto que mucho tiempo después, cuando se convirtió en una figura fabulosa, en un verdadero mito policial, hubo quienes trataron de explicar el apodo familiar como una alusión combinada a la dulzura engañosa de su carácter y a la tenacidad implacable de sus procedimientos, que terminaban invariablemente por aplastar al delincuente acosado por él... Pero todo eso pertenece al reino de la fantasía. Los camaradas de Joseph Meeks que lo nombraron Jam, cedieron a esa amable predilección inglesa por los diminutivos, abreviaturas y "nicknames" que inducía a los ingeniosos amigos de Mr. Peter Magnus, accidental compañero de viaje del filósofo Pickwick, a llamarle alegremente Afternoon (tarde) por que las letras iniciales de su nombre y apellido significaban asimismo Post Meridian. Con el tiempo, nadie en Scotland Yard, ni aún los más irreverentes jóvenes, habría osado recordar que el hombre rodeado de tan legendaria aureola de gloria pudo estar alguna vez al nivel vulgar de un sobrenombre amistoso. Es cierto que para esa época ya no pertenecía oficialmente al cuerpo general de policía londinense y eran muy raros los miembros de la institución que le conocían personalmente y más raros todavía los que habían trabajado con él o a sus órdenes. Su invisibilidad y sus éxitos resonantes herían de tal modo la imaginación de la nueva generación de funcionarios del Yard que muchos de ellos se lo figuraban como una especie de sobrenatural demiurgo, misteriosamente oculto en un sitio velado, y recóndito, desde donde su mentalidad ultrapotente desentrañaba los más complicados problemas de la delincuencia con sólo eslabonar en el cerebro la serie vertiginosa de sus razonamientos, partiendo del trapecio que le armaban los datos concretos con que el Departamento General acompañaba sus consultas.

Porque ninguna persona familiarizada con la literatura llamada policial ignora que los funcionarios de investigación de cualquier parte del mundo carecen por completo de las aptitudes requeridas para obtener un mediano suceso cuando se trata de esclarecer crímenes que se apartan de las formas habitualmente asumidas por las proezas de los delincuentes profesionales. Los novelistas del género no dejan dudas sobre el particular. Más allá de las organizaciones oficiales existe siempre una inteligencia excepcional enriquecida por infalible experiencia ,a la que acuden invariablemente los funcionarios de aquellas, cada vez —vale decir, todos los días— que un delito sensacional supera la capacidad de ssu adocenados intelectos y excede la rutina de su metodología indagatoria.

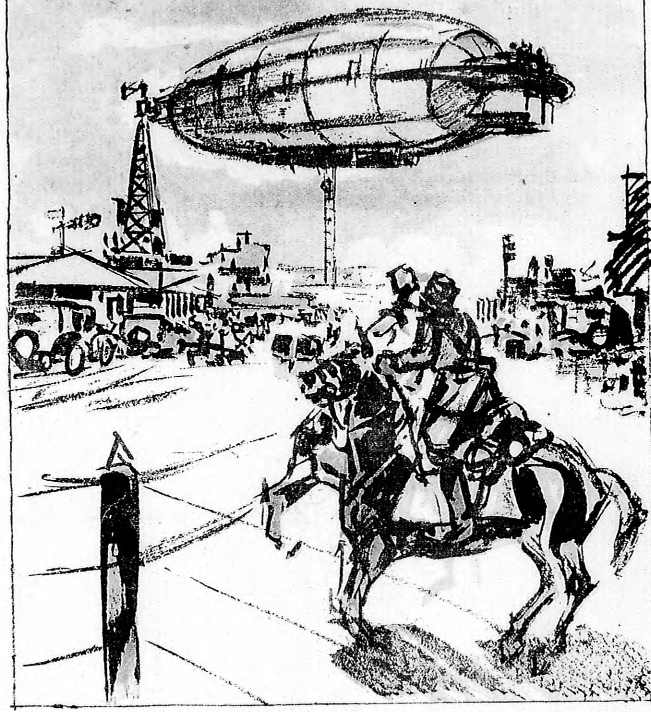
Las mayores reputaciones del pasado quedaron obscurecidas y olvidadas en Scotland Yard cuando el primero de una larga serie de triunfos verdaderamente portentosos descubrió la deslumbradora grandeza del genio de un hombre que ha sido el pesquisante más extraordinario de la edad contemporánea. Fué entonces también que comenzó a llamársele "el detective magnífico", ("The magnificent detective") con que su biografía se ha incorporado al repertorio de las existencias famosas. El calificativo se explica sabiendo que en Algernon no solamente sorprendía hasta la estupefacción de fulminante rapidez de sus victorias sino que deslumbraba la fastuosa magnificencia de su estilo de investigador. Hasta que llegó a la simplificación absoluta de sus métodos — reduciéndolos a una simple especulación mental que efectuaba en la cama, teniendo al alcance de la mano una mesilla con caviar y champagne — su arte desdeñaba el empleo de todos esos pequeños recursos que forman el entramado de una pesquisa a lo Sherlock Holmes o a lo Hércules Poirot. Nada de rastreos con lupa, ni de análisis de cenizas de tabaco, ni de inducciones sobre una hebra de cabello providencialmente desprendido de la cabeza del criminal ,ni deducciones acerca de la estatura del mismo referidas a la huella dejada en la pared por la bala de un revólver. Tampoco la apelación a los archivos policiales o a las viejas colecciones periodísticas para explicar un crimen cometido en Chelsea por una antigua pelea en la India o un robo de pepitas de oro en Klondike.

Al principio de su carrera, y hasta que dejó la Superintendencia General, "el detective magnífico" pasaba con las manos metidas en los bolsillos por el lugar del suceso, arrojaba una fría mirada sobre el cadáver, o los cadáveres —si los había— y se retiraba en silencio, para encerrarse a meditar, auxiliado por el caviar y el champagne que constituyeron su exclusivo alimento y bebida desde que estuvo en condiciones de pagárselos. Algunas horas más tarde, la estridente llamada de un timbre eléctrico hacía temblar de sobresalto y gozo a todos los inspectores que esperaban ansiosamente la palabra del jefe. Algunas líneas apresuradamente garabateadas en una hoja de papel daban a los subordinados la clave del enigma e impartían las instrucciones necesarias para proceder. El resto consistía en el trabajo material de arrestar a los designados y prepararlos convenientemente para el jurado y, con mucha frecuencia, para la horca. Cuando Mr. Algernon Meeks, abrumado de gloria y obesidad dimitió del cargo de Superintendente General, sus métodos fueron todavía más simples y prodigiosos. Mejor dicho, prescindió de cualquier método. Arrojado en el lecho como un cachalote sobre la playa, recibía el pliego con la consulta y entreabría un solo ojo para leerlo. Después bebía campagne, consumía caviar y se adormecía. Al día siguiente Scotland Yard hacía llenar las páginas de los diarios de un penique con la crónica sensacional de una victoria.

Sería interminable la relación de los sucesos en que intervino triunfalmente el genio de Algernon Meeks. Todos fueron famosos en su tiempo. Por sus características especiales se suele citar con mayor frecuencia que otros, el caso que se llamó del "juguete chino" en que el detective magnífico realizó la más espectaculosa demostración de la superioridad de las comprobaciones de la razón sobre el testimonio de los sentidos. Tres personas declararon haber presenciado el suicidio del arquitecto Geo Lumb, en circunstancias que departía en el "fumoir" de su casa de South Square, en Westminster, con su íntimo amigo el profesor de física Harold Becket y a pesar de los desesperados esfuerzos hechos por este para evitarlo. Algernon Meeks, tomando como base un juguete inventado por Becket, en el que la espada de un verdugo chino pasaba aparentemente a través del cuello de un condenado a muerte sin seccionar la cabeza, demostró que aquel había asesinado a Lumb delante de tres personas situadas a corta distancia aparentando querer arrebatarle la pistola con que le dió muerte y aplicando al crimen el principio de que el testimonio de los sentidos no pasa de ser un grosero control de la apariencia externa de los hechos.

Otro caso célebre fué el de la joyería de Danby y Duggan, de Black Street, Covent Garden, en que Meeks pudo establecer que el asesinato de Mr. Danby y el robo de brillantes no fué cometido por el sujeto sorprendido frente a la joyería con la valija repleta de alhajas robadas en la mano, sino por el capitán Gray Regent, quien había sido visto diez minutos antes de que fuera perpetrado el crimen, bebiendo en su club, situado a buena distancia de Black Street.

Pero lo que elevó su reputación a las esferas de la leyenda fué el esclarecimiento del doble crimen que recibió el nombre de "El trágico misterio del biplano". Un aeróplano procedente de Francia aterrizó en las primeras horas de la mañana en Croydon y las personas que se acercaron al aparato comprobaron, horrorizadas, que el piloto y un pasajero que conducía a bordo, estaban muertos en sus asientos, con las cabezas espantosamente destrozadas a balazos. Lo que hacía más tenebroso el misterio, rechazando la conjetura de que el conductor hubiese asesinado a su pasajero para robarlo, suicidándose después por motivos desconocidos, al llegar a Inglaterra, fué la circunstancia probada de que el aparato descendió correctamente, haciendo una maniobra técnicamente perfecta, en tanto que la pericia forense declaró que el piloto debía haber muerto, por lo menos, cuatro horas antes de que se efectuara el aterrizaje. Informaciones recibidas de París permitieron establecer que el viajero muerto era un cierto Louis Blaquier, conocido financista, quien había embarcado la víspera en Le Bourget, llevando consigo valores por varios millones de libras, los cuales no se encontraron en la cabina del aparato. Consultado telegráficamente el detective magnífico, su respuesta, rápidamente propalada por la prensa de la tarde, fué la siguiente: "Cadáver Blaquier no es Blaquier; cadáver piloto no es piloto. Es necesario encontrar un dirigible". La opinión del famoso pesquisante inglés provocó una excitación universal, transformada veinticuatro horas más tarde en una exclamación de asombro, cuando se conoció un despacho originario de Varsovia que daba cuenta de la captura de un dirigible misterioso y del arresto de sus tripulantes, entre los cuales figuraban el financista Blaquier y el piloto del aeroplano que descendió en Croydon. Las declaraciones de los detenidos establecieron que los cadáveres encontrados pertenecían a dos pobres diablos y que el misterio se resolvía en un doble audacísimo trasbordo nocturno, efectuado por la noche sobre las aguas del Canal. En cuanto a la maniobra de aterrizaje efectuada por el aparato y su macabro pasaje había sido dirigida desde larga distancia, por medio de un dispositivo eléctrico especial, cuyos planos fueron robados pocos meses antes del yate Electra que el ingeniero Marconi tenía fondeado en el puerto de Génova.



En adelante, nadie vió al detective magnífico, cuya personalidad quedó rodeada de una fabulosa atmósfera de mágica potencia. En las horas interminables de la guardia, los jóvenes funcionarios del Departamento General hablaban de él en voz baja y no se fatigaban de buscar frases hiperbólicas que definieran la grandiosidad de su genio.

—Al lado de sus ojos un telescopio no pasa de ser un vidrio de reloj.

Comparado con su cerebro un cronómetro de observatorio astronómico resulta un despertador barato.

—¿Es el ojo de Jehová?

— Es una máquina de discurrir, patentada.

Esta última definición, original del inspector Ritchie, alcanzó inesperada fortuna. En lo sucesivo, los jóvenes funcionarios de la Superintendencia designaban en sus conversaciones al detective magnífico con el nombre de Patentes.

—Material para Patentes — murmuraban cada vez que un robo sensacional o un crimen rodeado de circunstancias inexplicables reclamaba la intervención del Yard.

Y el formidable Patentee no fallaba jamás.

Estaba en el apogeo de su gloria cuando se produjo aquella sucesión de enigmáticas tragedias que los diarios de entonces llamaron "Los asesinatos del viernes" y también "Los crímenes de la sarga azul". Todos presentaban una tétrica similitud de caracteres. Siempre la víctima fué encontrada en un aposento privado con una larga aguja de fino acero hundida en el hombro izquierdo, por el vacío superclavicular, que permitía llegar la punta hasta el corazón. En una mano o en algún sitio próximo al cadáver, aparecía un trocito rectangular de sarga azul, recortado, al parecer, por inexplicable extravagancia criminal, de las ropas del incógnito victimario. Durante seis semanas consecutivas el día viernes fué señalado por una homicida proeza del asesino de la sarga azul.

Primeramente fué Sir Henry Benson, Simón, presidente del directorio del Bensons Bros. Bank, y una de las figuras más prominentes de la City, Sir Henry fué encontrado a las seis de la tarde del viernes 8 de octubre, muerto frente a su escritorio, en su despacho privado de las oficinas bancarias de Moorgate Street. El ordenanza que hizo el lúgubre hallazgo declaró no haber visto a nadie después que salió del despacho el tesorero del Banco, Mr. Robinson, quien, interrogado a su vez, hizo una manifestación sensacional. Una hora antes de que fuera descubierto el crimen había entregado personalmente a Sir Henry, contra un cheque recibido del mismo, la suma de veintitrés mil libras esterlinas que no aparecieron por ninguna parte.

La segunda víctima fué el coronel Samuel Shepherd Lexington, V. C., conocido por su valiosísima colección de esmeraldas. El cuerpo del anciano militar retirado fué descubierto por su "valet" en la mañana del sábado en la biblioteca de su residencia del barrio de Wilton Crescent; estaba reclinado en un ancho sillón de cuero oscuro y un libro aparecía caído a su lado. El instrumento del crimen había sido también el agudo estilete hundido en el hombro hasta el corazón. La colección de piedras preciosas, valuada en más de ochenta mil libras desapareció tan misteriosamente como el mismo criminal.

Después fueron implacablemente sacrificados el doctor Gallaghan, hecho recientemente "baronet" a mérito de los servicios prestados a la corona durante la última enfermedad de su graciosa magestad el rey Jorge; el bolsista de la calle Old Broad, Mr. Lucas Cushing y el gran fabricante de artículos químicos John Golden, universalmente conocido como propulsor de la navegación aérea y fundador del premio anual que lleva su nombre para el "recordman" de permanencia en el espacio con el motor parado. Cerróse la siniestra secuencia con la muerte del gerente general de la Westland Assurance Company, asesinado también en su despacho privado, a última hora de un viernes, poco antes del momento en que debía retirarse para reunirse con un amigo en cuya casa de campo proyectaba pasar su "week end". En todos los casos el crimen había sido ejecutado en idéntica forma y siempre aparecía, a modo de dramática seña, el trocito de sarga azul cuidadosamente recortado en forma de rectángulo. Siempre también el asesinato fué acompañado de robo de valores, joyas o cuantiosas sumas en efectivo. Calculábase que el importe total de los objetos y dinero robados debía exceder del medio millón de guineas.

La impresión pública provocada por estos crímenes fué inmensa. En un principio se confió en que el misterioso asesino de Mr. Benson no tardaría en ser identificado y detenido, por Scotland Yard; la confianza popular reposaba, sobre todo, en las geniales aptitudes del detective magnífico a quien se supuso en campaña desde el primer momento, descartándose que, como siempre, la develación del siniestro arcano sería cosa de un momento de atención para Algernon Meeks. Mas cuando transcurrieron los días y se repitieron los asesinatos sin que surgiese el más ligero indicio de que el autor o los autores estuvieran al alcance de los sabuesos lanzados sobre su pista, la conmoción del espíritu público ascendió a la categoría de un estado mixto de terror e indignación colectivos. El comentario de los hechos pasó de las columnas de la prensa de penique a las columnas editoriales de los grandes rotativos que influyen sobre la opinión inglesa y hasta suscitó una interpelación en los Comunes. El gabinete trepidó sobre los agitados cimientos de su mayoría parlamentaria y si no fué derribado por el embate de las enardecidas masas, ello se debió solamente a que se trataba de un ministerio laborista y nunca se ha dado el caso en la historia de Inglaterra de que caiga un gabinete laborista a consecuencia de una pérdida de confianza originada en un asunto policial. En Scotland Yard reinaban el desconcierto y el pánico; sabíase que a raíz del quinto crimen el director general fué llamado a Downing Street por el propio presidente del Consejo, de quien le fué forzoso escuchar expresiones de descontento y frases duramente conminatorias. Lo que llevaba a su punto álgido el desaliento de los funcionarios del Departamento General de Investigaciones era el inexplicable silencio guardado por el infalible Patentee. Vanamente se esperaban con loca ansiedad sus decisivas comunicaciones; el oráculo permanecía mudo e inaccesible. Ni los apremiantes mensajes ni las instancias desesperadas del Superintendente lograban arrancarlo de su atrincheramiento. Al fin, la duda se insinuó hasta entre los más fanáticos admiradores del detective magnífico: Patentee no daba más de sí por que estaba completamente vacío. Había sonado la hora increíble de su fracaso. Librados a sus propios esfuerzos, los funcionarios del Yard se agitaban presas de la más espantosa desorientación, sintiendo bramar alrededor de sus empleos la tormenta de la indignación, del pueblo y de la cólera de los de arriba. Hay que reconocer, empero, que más que su propia impotencia los aplastaba moralmente la certeza desoladora de que el sol se había puesto en los dominios hasta entonces inviolables del más grande genio investigador de la historia. No es exagerado pensar que en el Yard se hubiera aceptado con mayor resignación la pérdida de la guerra que no la evidencia de la derrota experimentada por un pesquisante que, junto con Rudyard Kipling, constituían las dos glorias más puras del imperio británico.

Dado ese estado de ánimo júzguese la agitación que provocó la noticia, difundida con celeridad fulmínea por todas las oficinas: de que Patentee había hecho anunciar su inmediata visita al Superintendente General. Todo el mundo estuvo aquella tarde con una pulga en la oreja, en las inquietas dependencias del Departamento General. Una ola de esperanza había invadido los espíritus más pesimistas. El detective magnífico volvía por sus fueros. ¡Rule, Britannia!

Fué recibido en el despacho del mismo director general, a quien acompañaban en la solemne ocasión el comisionado y el Superintendente. Cuando el legendario triunfador franqueó las puertas del Departamento, una nube de empleados de toda categoría poblaba los pasillos y lo acompañó en respectuoso silencio hasta su destino. Nadie quería perder la oportunidad, tal vez única, de contemplar de cerca la figura misteriosa de aquel Napoleón de la guerra eterna contra la delincuencia. Voluminoso y correcto, el detective, magnífico recibió con serena dignidad aquel homenaje de los hombres más hábiles del mundo.

Poco después, sentado frente a los grandes bonetes de Scotland Yard, fumando indolentemente un grueso cigarro, entabló con ellos una conversación cuyas consecuencias debían conmover a todo el Reino Unido.

Como de costumbre, su lenguaje fué lacónico y perentorio.

—Anticipo a ustedes la certidumbre de que conozco al autor de los crímenes de los viernes. Aun más; puedo afirmar que terminaron las proezas de Sarga Azul.

De tres pechos brotaron simultáneamente sendos suspiros de alivio.

—Entonces, Mr. Algernon —comenzó, impaciente, el comisionado.

El detective magnífico lo contuvo con un gesto.

—Un momento, si me permiten— agregó en seguida.— Tengo razones especiales para desear que la exactitud de las directivas empleadas por mí para llegar hasta la identificación del asesino desconocido sean personalmente controladas por ustedes.

Ante un mudo ademán de asentimiento continuó, retrepándose calmosamente en el asiento:

—Ante todo formularé una pregunta. ¿Qué persona sería inmediatamente recibida sin vacilaciones y sin temores, y hasta con la más obsequiosa reserva por un banquero, un militar retirado, un fabricante millonario o cualquier otro gentleman perteneciente a la clase dirigente de Inglaterra?

Sus interlocutores se miraron sorprendidos. Después de un instante de pensativo silencio, respondió el director general:

—Francamente, Algernon, ni estos señores ni yo estamos en condiciones de descifarr su enigma. Son muchos aquellos que se encontrarían en el caso supuesto...

Patentee lo interrumpió, categórico: —No; solamente una categoría de personas; los funcionarios de Scotland Yard.

—Un funcionario del Yard que haya alcanzado cierta categoría —prosiguió ante el asombro de sus oyentes— sólo encuentra cerrada la puerta de Su Magestad el rey de Inglaterra. Convengan ustedes en ello. Nadie en todo el territorio del Reino Unido se niega a recibir a un miembro calificado del Departamento de Investigaciones, sea cual fuere la hora, el sitio y las circunstancias de la entrevista. Y eso, por que ningún súbdito inglés alberga en su ánimo la menor duda acerca de la honorabilidad y eficiencia de un funcionario de este cuerpo...

Muy excitado, el Superintendente es interrumpido:

—No pretenderá usted, Algernon —exclamó— que el autor de esos hechos que han horrorizado a todas las conciencias honradas de Inglaterra sea...

—Afirmo— articuló friamente el detective magnífico— que el autor de los crímenes de los viernes es un miembro superior del Departamento de Investigaciones de Scotland Yard.

Los tres hombres intentaron débiles protestas, inmediatamente dominadas por la abrumadora autoridad de su interlocutor.

— Exijo — continuó éste — que cada uno de los funcionarios del Departamento, los jefes inclusive, prueben el empleo de su tiempo en los días y durante las horas en que fueron cometidos los crímenes de sarga azul.

El comisionado se encogió de hombros.

—Después de todo —murmuró— la comprobación es fácil. A una señal suya, el Superintendente se precipitó sobre el teléfono.

—Siguió un cuarto de hora de nerviosa espera. Por fin, alguien llamó quedamente a la puerta y un empleado de secretaría penetró al despacho depositando un abultado legajo sobre la mesa y retirándose acto continuo.

Con aparente calma, el comisionado hojeó cuidadosamente los papeles, volviéndose al cabo hacia el detective magnífico.

—Todo está en regla. Treinta y cuatro inspectores han establecido el alibí. También está controlado el empleo del tiempo de los funcionarios superiores aquí presentes. Puede usted examinar el legajo, Algernon, —concluyó.

—Es inútil —replicó blandamente aquel. Ya sabía que todo debía estar en forma. Pero me permito observarles que allí falta un dato.

Los otros los miraron curiosamente.

—Sí —insistió Patentee con acento grave. Falta el informe referente al Superintendente General "ad honorem", Joseph Algernon Meeks.

El director general refirió más tarde que en aquel instante una idea absurda cruzó, relampagueante, por su mente. Simultáneamente, tres pares de inquisitivos ojos claváronse en el detective magnífico. Este, extraordinariamente pálido, bajó la cabeza. Las miradas de los otros siguieron el movimiento nervioso de su mano izquierda. Los dedos tamborileaban, temblorosos sobre el zurcido de un remiendo cuadrangular que apenas se distinguía cerca del bolsillo de su americana de sarga azul.

Puesto bruscamente de pie, el Superintendente habló con ronca voz:

—"Joseph Algernon Meeks, arresto a usted en nombre de la ley, acusado de los delitos reiterados de robo y asesinato. Advirtiéndole que cuanto diga desde este instante puede ser invocado contra usted en su proceso".

Diez minutos más tarde, Scotland Yard era una alborotada colmena. Nadie quedó en su puesto y en todas partes todos hablaban a la vez. Jamás se había presenciado espectáculo igual en el viejo edificio y es poco probable que vuelva a ocurrir algo que remotamente se le asemeje. Cuando Algernon Meeks salió conducido para Brixton, la sombra de la tragedia cayó sobre el Departamento de Investigación Criminal.

Una hora después, a tiempo que las luces del alumbrado público iniciaban su cotidiano combate contra el brumoso crepúsculo vespertino de Londres, las ediciones "extras" de los diarios populares propagaban bulliciosamente la sensacional información. Hasta el más remoto lugar del mundo civilizado llegó instantáneamente la vibración de la onda lanzada a los espacios. El juicio del detective magnífico fué rpido y, contra lo que se esperaba nada fértil en sorpresas. Ni la perceptible benevolencia del jurado ni la excitación del público que asistía al juicio, consiguió sacar al acusado de la fría reserva en que se confinó desde el primer instante. Admitió la exactitud de las imputaciones de séxtuple asesinato y robo formuladas por el Acusador Fiscal mas no añadió un sólo detalle acerca de los hechos, guardando idéntico silencio respecto al destino de los cuantiosos valores y joyas robadas. Por cierto que su obstinado silencio sobre el particular prodajo un sensible cambio en los sentimientos del jurado acerca de su persona. Aquel digno cuerpo de comerciantes, industriales y rentistas podía contemplar con cierta indulgencia los extravíos de un miembro de la sociedad; pero no contemplaba sin la máxima indignación su condenable propósito de impedir el rescate de las riquezas substraídas al patrimonio de las gentes honradas.

—"La vida de un inglés es respetable— explicó severamente uno de sus miembros, "pero su propiedad lo es infinitamente más".

Joseph Algernon Meeks fué declarado culpable por unanimidad y el Tribunal lo condenó a muerte sin que se intentara a su favor el habitual recurso de gracia. Cuando conoció el veredicto, una singular expresión de calma reemplazó en su semblante a la dolorosa ansiedad que hasta entonces reflejábase en él. Saludó cortésmente al tribunal y se retiró acompañado de sus guardianes. Sus postreras veinticuatro horas en Wormwood Scrubbs fueron ejemplares. Pidió los diarios de la semana última y los leyó cuidadosamente, quedando extraordinariamente tranquilo cuando terminó su lectura. Por concesión especial recibió la visita de algunos antiguos compañeros del Yard, quienes lo encontraron tan inmutable como cuando inspiraba victoriosamente las pesquisas del Departamento en lo Criminal. Sólo al retirarse sus visitas, al escuchar las balbucientes frases de condolencia de éstos, interrumpiólos para decirles fríamente, brillando en los ojos un extraño fulgor de fanatismo:

—"Todo esto carece de valor. Lo importante es que el honor de Scotland Yard no haya sido manchado con un fracaso. Bendigo a Dios por ello".

Dichas palabras fueron su testamento; desde entonces no habló más. Por la noche hizo una discreta colación de caviar y champagne —suprema atención lo bastante fuerte para no romperse con el peso de su cuerpo cuando la trágica báscula se hundió bajo sus pies.

Este es el final conocido de la historia del detective magnífico. Pero ella tiene un epílogo que durante muchos años constituyó el secreto de varias personas, entre ellas, el propio Superintendente General de quien puede decirse, en cierto modo, que fué su autor.

Comenzó el asunto por el descubrimiento de una curiosa comunicación, hecho por el mencionado funcionario, en uno de los periódicos encontrados en la celda que ocupara Algernon Meeks. Era un breve recuadro en cuerpo seis, redactado así: "J. A. M. aceptado. Cesación total negocios, parto avión Continente. Friday".

Esta lectura dejó pensativo al Superintendente, quien la comunicó al director, el cual, a su turno, se puso serio y silbó suavemente entre dientes. La gravedad de su expresión se intensificó cuando escucharon de una persona, que resultó ser el sastre del ejecutado detective magnífico, una declaración que aquél no pudo hacer ante el jurado por encontrarse, cuando se inició el proceso, hospitalizado a consecuencia de un síncope cardíaco. El tardío testigo expuso que el traje de sarga azul vestido por Algernon Meeks la tarde que provocó su sensacional detención le había sido entregado en la misma mañana de su visita a Scotland Yard; y en cuanto al delator rectángulo zurcido fué una extravagancia de su cliente que el digno artesano no se había podido explicar.

Esta revelación produjo dos efectos. El primero una sombría conferencia entre las tres cabezas más elevadas del Yard, la cual terminó con esta cavilosa observación del comisionado:

—"El dijo antes de morir que lo importante era salvar el honor de Scotland Yard".

El segundo efecto fué una investigación que permitió establecer que el único avion partido de Inglaterra el día del misterioso aviso, fué, precisamente el aparato que se precipitó al mar, cerca de las costas de Francia, en una catástrofe que causó la muerte de todos sus pasajeros. Evidentemente fuese quien fuere el desconocido Friday, sus negocios habían cesado antes de que el mismo lo presumiese.

La consecuencia de todo ello fué una nueva conferencia en muy alto sitio y de ésta, a su vez, resultó la visita de cuatro personajes a una tumba anónima sobre la que se colocó entonces una losa con la siguiente inscripción:

"J. A. M. The magnificent detective".

Antes de alejarse, uno de los cuatro asistentes, sacando un lápiz del bolsillo, escribió, en francés, al pie:

"Maintenant plus que jamais".